

Cuadernos
bíblicos

22

Michel Quesnel

**Las cartas
a los
corintios**

MICHEL QUESNEL

Las cartas a los corintios

2.ª edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1980

"Cuando quiero enterarme de las últimas noticias, me pongo a leer a san Pablo": esta ocurrencia de un célebre escritor puede aplicarse perfectamente a las cartas a los corintios, tan curiosamente actuales cuando se comparan las dificultades de las comunidades paulinas con las de las iglesias de hoy. Pero el interés de estas cartas reside en otra parte. Nos trazan el retrato de Pablo desde el ángulo del jefe de una comunidad, de una especie de párroco que invita a sus militantes recién incorporados a la vida comunitaria a una buena revisión de vida. Durante los dieciocho meses de su estancia en Corinto, Pablo, trabajando con sus amigos Aquila y Priscila, había logrado formar una comunidad activa y bastante importante entre la gente sencilla de aquella ciudad de 500.000 habitantes. Más tarde, en Efeso, Pablo recibe informes alarmantes de la joven comunidad. En su correspondencia va repasando uno por uno los problemas que se presentan, precisando y aclarando su propio pensamiento.

Michel QUESNEL, joven biblista, trabaja de coadjutor en una parroquia de los alrededores de Paris y de capellán en un instituto. En este cuaderno, al comentar con competencia y claridad las dos cartas a los corintios, nos introduce realmente en la lectura de toda la obra de Pablo.

Marc SEVIN

Con 16 capítulos en la primera y 13 en la segunda, las dos cartas a los corintios son la correspondencia más amplia que nos ha llegado de san Pablo con una comunidad cristiana determinada.

Esta simple constatación mueve ya nuestra curiosidad. Los cristianos del siglo XX, miembros de una iglesia en plena evolución, con todas las esperanzas e inquietudes que esto supone, se muestran generalmente muy interesados por la iglesia primitiva; no ya para reproducir sencillamente sus modelos, sino porque el conocimiento del pasado es una excelente educación para vivir el presente. La historia de los primeros tiempos del cristianismo es al mismo tiempo la que más nos acerca a Jesús de Nazaret y la de uno de los períodos más movidos de la iglesia que, en muchos aspectos, sentimos tan cercana a nosotros.

Así, pues, en las cartas a los corintios tenemos una ocasión privilegiada para ver en los casi 30 capítulos de su lectura cómo la comunidad cristiana de Corinto va viviendo también, ante nuestros propios ojos, sus dificultades, sus cuestiones, sus esperanzas. Porque las líneas que san Pablo les dirige "dan en el clavo" y aciertan con la realidad de las cosas; no hay muchos de estos desarrollos topológicos que para muchos lectores constituyen una de las principales dificultades de san Pablo, sino un diálogo vivo entre una iglesia que procura ir viviendo más o menos llen el evangelio y un apóstol que hace lo que puede desde lejos y que a veces se siente impotente para remediar las cosas. Pablo alude con frecuencia a ciertos informes que le ha traído un viajero de Corinto (cf. 1 Cor 1, 11; 5, 1) o a las cuestiones que le han planteado los propios corintios en una carta anterior (cf. 1 Cor 7, 1). Proyecta un viaje a Corinto para solucionar las cuestiones más agudas (cf. 1 Cor 16, 5-7); pero luego renuncia a él para que no explote su cólera y evitar mayores problemas (cf. 2 Cor 1, 23). En resumen, es toda una vida la que se despliega ante nuestros ojos y que nos permite descubrir, al mismo tiempo que a una comunidad cristiana, la personalidad del apóstol Pablo, uno de los hombres que más ha influido en el cristianismo de todos los tiempos.

y también es un rostro de Cristo el que se transparenta a través de estas dos cartas a los corintios. Pablo no tiene

más que una pasión, Jesucristo. Y tanto en su cólera como en su cariño, Cristo está siempre ocupando el primer lugar. San Pablo es uno de los primeros cristianos en una situación muy semejante a la nuestra: no conoció a Jesús en el curso de su vida en la tierra, pero ansía vivir cada instante de su existencia en intimidad con el resucitado. Por eso, Cristo está presente en todas las líneas de estas cartas y Pablo nos hace participar en ellas del encuentro que él mismo vivió con él.



Una iglesia, un apóstol, un Cristo, tales son los tres polos de nuestro interés por las cartas a los corintios. Ellos son los principales actores que aparecen en el escenario de este texto y hacia los que se dirigen nuestras miradas ansiosas.

Pero el texto está allí, delante de nosotros, y un texto firmado por san Pablo. Uno de esos textos que, en la lectura de las eucaristías dominicales, escuchamos con bastante distracción, ya que "de todas formas no comprendemos nada". Es verdad que san Pablo es difícil de leer, y más aún de escuchar: razonamientos cerrados, una forma peculiar de emplear palabras abstractas para hablar de las realidades más sencillas. Todo ello hace siempre del estudio de una carta de san Pablo, incluso de las menos difíciles, una empresa que asusta a cualquiera. Para muchos cristianos, el interés de las palabras del apóstol desaparece detrás de su ropaje literario y de la oscuridad de sus fórmulas.

Es una lástima que uno de los autores más ricos del Nuevo Testamento y de toda la historia de la iglesia sea al mismo tiempo el gran desconocido. Hay que aprender a leer a san Pablo. Esto exige un mínimo de tenacidad, pero pronto veremos recompensados nuestros esfuerzos.

Si este cuaderno puede ayudar a sus lectores a que el pensamiento del apóstol se les haga, si no familiar, al menos no demasiado tremebundo, habremos conseguido nuestro objetivo.

Nuestro plan de estudio pretende ayudar a un dominio progresivo del pensamiento de las cartas a los corintios, poniéndonos ya desde el principio en contacto con el textp.

PRIMER CONTACTO

p. 7-10

Para apreciar las palabras escritas, es *evidente* que hay que conocer el contexto: el ambiente, el marco histórico, sociológico, religioso, en que se encuadran. Lo haremos oportunamente. Pero este tipo *de* introducción resultaría fastidioso si no se hubiera tomado antes un primer contacto con el propio texto. Es sobre todo a san Pablo a quien queremos leer y no hemos de tener miedo de *aventurarnos* en su lectura.

HISTORIA DE PABLO Y DE CORINTO

p. 11-16

Solamente luego echaremos una mirada circular sobre la historia: Corinto, estancias de Pablo en la ciudad, articulación de las cartas recibidas, de las cartas *enviadas* y de los viajes... Quedará así trazado el marco en que se encuadrarán las cartas a los corintios; se insertarán en una realidad concreta: la tierra en la que nacieron.

AVANZANDO EN EL TEXTO

p. 16-39

Una vez situadas las cartas, podremos "*avanzar* en el texto". Será la fase de familiarización con la lógica de las cartas paulinas. Habrá que trazar senderos a *través* de un bosque a primera vista compacto, con una técnica que respete las ondulaciones del terreno y las islas de *vegetación*. ¿De qué serviría pasar a *través* del texto derribándolo y aplastándolo todo como un bull-dozer? Queremos leer a san Pablo y no desembarazarnos de él para poder decir que lo hemos leído.

TEMAS CORINTIOS

p. 40-58

Volveremos finalmente sobre algunos temas de las cartas a los corintios, poco ligados a la estructura general, pero interesantes por sí mismos; más que de *avanzar*, se tratará entonces de detenernos en algunos claros amenos o en algunos bosquecillos pintorescos. La multiplicitad de miradas nos permitirá apreciar las riquezas del conjunto en su diversidad.

ILUMINADOS POR CRISTO Y MOVIDOS POR EL ESPIRITU

p. 59-60

Nuestra última mirada será para la luz que lo ilumina todo: la de Cristo. ¿Qué ocurriría con este bosque si Tuera tan sombrío que no pudiera *verse* nada? En san Pablo, Cristo está en todas partes. No *conviene* que sus páginas iluminadas nos hagan *olvidar* el sol.

PRIMER CONTACTO

Hay que echarse al agua. O mejor dicho -para seguir la línea de las imágenes anteriores-, hay que poner el pie en el bosque. Esto es, empezar por el principio y comenzar con las introducciones de ambas cartas, dado que tanto aquí como en la mayor parte de las obras literarias o escénicas es la introducción la que da el tono; es lo que en lenguaje cinematográfico se llama lo genérico.

Las dos cartas a los corintios empiezan de la misma manera, casi con las mismas palabras. Es, por otra parte, la forma clásica de redactar la cabecera de una carta en la antigüedad:

- el nombre del autor: "Pablo";
- sigue la indicación de los destinatarios: "la iglesia de Dios que está en Corinto", denominación que se desarrolla en unas cuantas líneas;
- conclusión con un deseo: "la gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo".

Este arranque en tres saltos constituye lo que podemos llamar la dirección, que en las cartas de Pablo va generalmente seguida de una acción de gracias que desarrolla el deseo inicial. Antes de entrar en el tema, el autor se vuelve unos instantes hacia Dios y le agradece lo que ha realizado en él y en los demás. La carta a los gálatas es la única que carece de esta plegaria de alabanza, sin duda porque la tensión entre Pablo y sus destinatarios es demasiado grande para que surja inmediatamente la amonestación (Gál 1, 1-6). En las dos cartas a los corintios, a pesar de las reservas que podrían ponerse en un estudio detallado del texto, se deja un sitio para la alabanza entre la dirección y la exposición siguiente.

Las dos direcciones y las dos acciones de gracias serán estudiadas simultáneamente, para que sea posible, con su mera comparación, situar las dos cartas entre sí.

LA DIRECCION (1 Cor 1, 1-3 Y 2 Cor 1, 1-2).

Las palabras que se utilizan en ambas cartas son tan parecidas que se las puede disponer en dos columnas para constituir un cuadro sinóptico.

1 Cor

Pablo,

llamado a ser

apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y Sóstenes, el hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto: a los SANTIFICADOS en Cristo Jesús,

llamados a ser

SANTOS, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, de nosotros y de ellos, gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.

2 Car

Pablo,

apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto,

con todos los SANTOS que están en toda Acaya;

a vosotros gracia y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.

Como se ve, los dos textos son muy parecidos. En ambos casos Pablo no escribe solo, sino en unión con su compañero de ocasión, Sóstenes o Timoteo. En ambas cartas, igualmente, la iglesia de Corinto no es la única destinataria, aunque se la nombre en primer lugar; los autores desean que sus palabras lleguen hasta el mayor número posible de cristianos, a todos los que -utilizando el vocabulario de la iglesia primitiva- designan como santos. El hecho de que la primera carta se dirija a los fieles del mundo entero y que la segunda se limite a Acaya (la provincia romana que tiene como capital a Corinto) no debe interpretarse de forma demasiado precisa.

Por eso, más allá de los individuos que constituyen a Pablo y a la comunidad de Corinto, las cartas a los corintios son palabras de los apóstoles a los cristianos. El mismo texto nos mueve a no limitarlo a su contexto histórico y podemos decir que, en cierto modo, también nosotros somos los destinatarios del mensaje apostólico que nos comunica.

La principal diferencia entre ambas cartas es la presencia del adjetivo "llamado" (en griego *klétos*) en la primera columna. Resulta difícil sacar ya ahora todas sus consecuencias, pero el empleo de esta palabra en este lugar no se debe ciertamente a la casualidad. En efecto, aparece 16 veces este adjetivo en la primera carta con otras palabras de la misma raíz (el verbo "llamar", *kalein*, y el sustantivo "llamada", *klesis*), mientras que no aparece ni una sola vez en la segunda.

"LOS SANTOS"

Tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo, la santidad es ante todo un atributo de Dios. Por extensión, es santo todo lo que está en contacto íntimo con Dios: la predicación apostólica insiste en la santidad de Jesucristo (cf. Hech 3, 14), en la de los cristianos que participan de la santidad de Cristo, en la del espíritu por el que se le comunica esta santidad.

La expresión ya típica "los santos" (utilizada unas sesenta veces en el Nuevo Testamento) designa a los fieles de todas las iglesias. Equivale a lo que hoy diríamos "los cristianos".

La costumbre de reservar el término "santo" a los muertos que fueron fieles es una restricción bastante tardía.

Sin querer anticipar ideas, podemos decir que la primera carta sitúa a los apóstoles y a los discípulos en referencia con su vocación, mientras que la segunda considera más su situación como adquirida: Pablo se declara apóstol y afirma con toda claridad la santidad de los fieles. Es que se discutía quizá el carácter apostólico de su misión y era necesario dejarlo bien sentado.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Estudiar la noción de llamada en la primera carta a los corintios. Referencias:
 - el sustantivo "llamada": 1, 26; 7, 20
 - el adjetivo "llamado": 1, 1.2. 24
 - el verbo "llamar": 1, 9; 7, 15.17.18.20.21.22.24; 10,27; 15,9
- ¿Cuál es la concepción de la vocación cristiana que se desprende de estos textos?

LAS ACCIONES DE GRACIAS

(1 Cor 1, 4-9 Y 2 Cor 1, 3-7)

"Doy gracias a Dios..." (1 Cor 1, 4)

"¡Bendito sea el Dios...!" (2 Cor 1, 3).

Apenas pronunciado el deseo que cierra los saludos de dirección de las dos cartas, se empieza en cada una de ellas una plegaria de acción de gracias. Se va desarrollando en un hermoso período literario y acaba en donde comienza el tema de la carta propiamente dicho; se reanuda entonces el contacto entre el autor y los destinatarios con la ayuda del apóstrofe "hermanos" para excitar de nuevo el interés:

"Os conjuro, hermanos..." (1 Cor 1, 10)

"No queremos que lo ignoréis, hermanos..." (2 Cor 1, 8).

En contra de las direcciones que podíamos ir comparando, palabra por palabra, las acciones de gracias de las dos cartas a los corintios son diferentes entre sí, tanto en las palabras que se utilizan como en la atmósfera en que se mueven.

"Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros", se escribe en la primera carta. La acción de gracias no tiene reserva alguna; el gozo de Pablo se basa en los resultados de la iglesia de Corinto; no se trata del orgullo personal del apóstol que se felicitaría por su capacidad, sino de su gratitud sincera a Dios que obra maravillas en el corazón de los hombres: "En él *vosotros* habéis sido enriquecidos en todo , se ha consolidado con *vosotros* el testimonio de Cristo Pablo comprueba con objetividad la eficacia de la gracia divina entre los corintios y, como la fidelidad de Dios garantiza el porvenir, se maravilla de todos los frutos que todavía podría producir: "Cristo *os* fortalecerá hasta el fin para que *seáis* irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor 1, 8). La llamada de Dios perdura hasta el final de los tiempos, pues nunca se arrepiente de haber llamado. Y el período acaba con esta afirmación, englobando a los nueve primeros versículos en una inclusión construida expresamente sobre la noción de llamada.

La serenidad a.sombrosa de la primera carta a los corintios contrasta con el tono subjetivo y atormentado de la segunda. Hablando con todo rigor, no es posible ver aquí una acción de gracias. El verbo "dar gracias" (en griego *eucharistein*) es sustituido por un término más judío: "bendecir". Pablo bendice a Dios por su obra, pero no por lo que ha realizado entre los corintios; lo que ahora figura en primer plano es el consuelo que aporta a los apóstoles. El texto juega constantemente y seguirá jugando en una gran parte de la carta con la oposición entre *nosotros* (los apóstoles) y *vosotros* (los corintios). El apóstol insiste en los sufrimientos que le hace padecer su misión; si puede alegrarse de ella, como en el fondo se alegra, es por el consuelo o el aliento que Dios le da ("consuelo" y el verbo correspondiente "consolar" aparecen nueve veces en este corto pasaje). Pablo ha sufrido; también la iglesia se ha visto herida por unos sucesos que tendremos que precisar; pero esas heridas no han sido mortales, ya que la vida divina está presente en todos. Más tarde se dice en la carta con términos muy sugestivos: "Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo" (2 Cor 4, 8-10). Pablo ha experimentado en su persona el apoyo indefectible de la gracia divina; la

obra realizada en él es una garantía de la que Dios realizará en una iglesia que también se ha visto quebrantada; Dios no permitirá que sea herida mortalmente. Esa es la esperanza del apóstol (cf. 2 Cor 1, 7).

Como vemos, de una carta a la otra se ha modificado el motivo de la alabanza: la primera celebraba las maravillas de Dios realizadas en la comunidad; la esperanza que de allí se deriva presenta para el porvenir una buena situación; el apóstol se alegra de ello y da gracias a Dios, pero quedándose un tanto fuera de los acontecimientos que evoca: domina el *vosotros*. La segunda carta pone a Pablo y a los apóstoles en escena de una forma mucho más personal; encuentran su alegría en la fuerza de Dios que se ha revelado en ellos en el corazón mismo de sus debilidades; esta experiencia que han vivido les permite esperar que los sufrimientos de la iglesia serán también para ella el camino del consuelo. Confianza en la prueba: la actitud religiosa de Pablo coincide con la de un gran número de salmos; es probable que los meditara durante las noches en que se sentía más oprimido por la angustia:

"Yavé, mi luz y mi salvación, ¿a quién he de temer?
Yavé, el refugio de mi vida, ¿por quién he de temblar?" (Sal 27, 1).

LAS DOS CARTAS A LA LUZ DE SUS INTRODUCCIONES

¿Qué otra cosa podíamos esperar? Las dos cartas no son más que la prolongación de sus acciones de gracias.

La primera es tranquila, clara, casi podría decirse que sosa. Esto no quiere decir que no hubiera en la comunidad problemas ni cuestiones. Algún motivo tendría Pablo para escribir. Pero esos problemas se consideran con toda calma. San Pablo ha oído decir que había divisiones entre los fieles (cf. 1, 10-13; 11, 18); tiene que reaccionar contra ello y dar su opinión. También le han hablado de ciertos escándalos, sobre todo de orden moral (d. 5, 1; 6, 1), y de discrepancias en puntos importantes de la fe (cf. 15, 2). Por otra parte, en algunos terrenos los propios corintios son conscientes de su incompetencia y le han escrito para pedirle su parecer (d. 7, 11. Responde a todo ello con su convicción habitual, pero sin explosiones. Piensa pasar algunos meses en Corinto (d. 16, 5) y su

carta se muestra pródiga en consejos y normas, aguardando a que pueda explicarse más ampliamente cuando llegue allá; "lo demás, lo dispondré cuando vaya" (11, 34).

Va tocando las cuestiones una tras otra, sin vínculo aparente entre ellas. Nos interesan porque se refieren a temas muy concretos de la vida de la iglesia y porque constituyen un documento único sobre las comunidades primitivas. Pero el conjunto del texto carece de un hilo conductor.

Algo muy distinto ocurre con la segunda carta. Cuando un apóstol herido habla con una iglesia quebrantada, tenemos que vérnoslas con un texto apasionado, confuso, lleno de exclamaciones y de avisos. Abundan los recuerdos personales. El lector moderno no se siente muy a gusto con ella, pues le cuesta comprender en dónde está y de qué se habla. Dos capítulos que parecen encontrarse allí por casualidad (los c. 8 y 9 sobre la colecta en

favor de la iglesia de Jerusalén) sirven muy oportunamente para hacer una pausa en este itinerario atormentado, que se reanuda de nuevo en el capítulo 10 para proseguir así hasta la última línea.

San Pablo está enfadado. Y como no carece de genio, esto le ofrece la ocasión de escribir algunas de sus fórmulas bien torneadas sobre Cristo y sobre el lugar que Cristo ocupa en su vida. Pero estas piedras preciosas resultan difíciles de extraer de toda una ganga demasiado espesa. El lector tiene que tener una mentalidad de buscador de tesoros.

Es evidente que entre las dos cartas ha pasado algo. ¿Qué?

Ha llegado la hora de echar una mirada sobre el contexto de las dos cartas: Corinto, el origen de su comunidad cristiana y la historia de las relaciones de Pablo con esta iglesia.

EL DIA DEL SEÑOR JESUS

La expresión "el día del Señor Jesús" o "el día del Señor" aparece ocho veces en la pluma de Pablo: 1 Tes 5, 2; 2 Tes 2, 2; 1 Cor 1,8; 5, 5; 2 Cor 1, 14; Flp 1, 6.10; 2, 16.

No se trata del domingo, sino de la llegada de Cristo al final de los tiempos, cuando todas las cosas vean en él su cumplimiento.

No cabe duda de que en sus primeras cartas Pablo creía que este día estaba bastante cercano. Pensaba vivirlo personalmente antes de morir (cf. 1 Tes 1, 15-17). El apóstol insistía entonces en el carácter sorprendente del acontecimiento, dispuesto a irrumpir en la vida de los hombres poco vigilantes, con todo lo que esta sorpresa podía tener de trágico: "El día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche; cuando digan: 'Paz y seguridad', entonces mismo, de repente, vendrá sobre ellos la rui-

na, como los dolores de parto a la que está encinta; y no escaparán". (1 Tes 5, 2-3).

Más tarde, en las cartas a los corintios y a los filipenses, el tono es mucho más sereno. El día del Señor será el cumplimiento de todo. Los que avanzan en la vida cristiana serán puros e irreprochables (cf. 1 Cor 1,8; Flp 1, 10). Se salvará todo lo que hay de mejor en el hombre (cf. 1 Cor 5, 5). La obra del Señor en cada uno aparecerá con toda su excelencia (cf. Flp 1,6), en particular la que se ha llevado a cabo por el ministerio de los apóstoles, a quienes corresponderá el triunfo y la gloria (cf. 2 Cor 1, 14; Flp 2, 16).

El discípulo no tiene por qué tener miedo de la luz. Al contrario, se alegra de ella, ya que pone de manifiesto un bien invisible hasta entonces.

HISTORIA DE PABLO y DE CORINTO

Es algo así como una historia de amor. Pero el amor entre dos seres de un carácter tan vivo resulta con frecuencia bastante fértil en peripecias.

CORINTO SEGUN LOS TESTIMONIOS DE LA EPOCA

Todos conocen la situación geográfica de Corinto, al sur del istmo de este nombre que une a la Grecia continental con el Peloponeso; al oeste, está el golfo de Corinto que comunica con el Adriático; al este, el mar Egeo... La ciudad está en el cruce de un camino de tierra y de un camino de agua, dispuesta a desempeñar un papel de primer plano en las comunicaciones.

Actualmente, este istmo está atravesado por un canal abierto en el siglo XIX a unos kilómetros al norte de la ciudad, pero cuyos trabajos comenzaron ya en tiempos de Nerón. Los grandes barcos pasan lentamente a través de dos altas murallas rocosas que recogen todo el calor del día y que parecen ignorar a la barrida próxima de sólo 20.000 habitantes; esta pequeña población agrícola no da más que una idea muy pobre del gran puerto que conoció san Pablo.

Antiguamente, las cosas eran distintas. La navegación a vela hacia del rodeo del Peloponeso una empresa peli-

grosa: la costa es rocosa y los vendavales frecuentes. Era preferible atravesar el istmo, con sólo 6,3 kilómetros en su punto más estrecho y en el que se había trazado un camino deslizante para transportar los navíos de un mar al otro. Los puertos secundarios de Cencreas en el mar Egeo y de Lecaion en el golfo permitían desembarcar y reembarcar las personas y mercancías. Marineros y viajeros afluían a Corinto para pasar los días que duraba la maniobra; se mezclaban con los comerciantes y artesanos locales que recibían los productos, transformaban la materia prima en objetos, revendían y vivían del tránsito en un ambiente cosmopolita y agitado.

Prosperaban allí todas las actividades de los grandes puertos, sobre todo las diversiones, desde el turismo hasta el desenfreno, lo cual daba a la ciudad una reputación de inmoralidad célebre por todo el Mediterráneo.

A estas actividades comerciales e industriales se unían las funciones administrativas de cierta importancia. Cuando Grecia fue conquistada por los romanos, la ciudad estuvo al frente de la oposición contra los invasores; por este motivo, al ser derrotada el año 146 a. de C., fue arrasada por completo. Un siglo más tarde, el año 44, César la mandó reconstruir para convertirla en capital de la provincia romana de Acaya, que comprendía la mitad sur de la Grecia actual. La otra mitad norte formaba la provincia de Macedonia, con la capital en Tesalónica.

Había allí numerosos funcionarios romanos, sostenidos por guarniciones militares importantes, encargadas de mantener en lo posible un orden continuamente amenazado.

Es difícil calcular la población de una metrópoli semejante. Los esclavos son abundantes en las casas patricias y están exentos del censo, lo mismo que los animales. Los historiadores hablan de 500.000 habitantes como de cifra probable: la mitad de la Roma contemporánea. Corinto era una de las primerísimas ciudades del imperio, mucho más importante que Atenas, que había perdido su papel político y se refugiaba en la vida intelectual de sus sabios y de sus universidades.

Esto quiere decir que no fue fácil para Pablo emprender la evangelización de Corinto; no era más que un judío perdido en esta ciudad cosmopolita, tan poco griega como Roma era romana; el gigantismo de la ciudad, unido a su reputación, no podía menos de impresionar al misionero. Cuando entró por las puertas de la ciudad por primera vez, su corazón debió palpitar más que de ordinario.

PABLO EN CORINTO SEGUN LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

Los Hechos de los apóstoles son para nosotros la fuente principal de datos sobre la historia de la iglesia apostólica; la segunda parte del libro, a partir del c. 16, está dedicada a los viajes de san Pablo.

Siempre resulta delicado utilizar un libro bíblico para interpretar otro, ya que las perspectivas son distintas y los parecidos son artificiales, si es que no nos llevan a pistas falsas. Los Hechos de los apóstoles, escritos hacia el año 80 por san Lucas, son un testimonio mucho más indirecto sobre las actividades de san Pablo en Corinto que las propias cartas a los corintios (escritas hacia 56-57).

Además, esta obra que se presenta como un libro histórico no es una obra neutral. Un historiador no se contenta nunca con describir cronológicamente los acontecimientos tal como fueron sucediendo; crea vínculos entre ellos, establece relaciones de causa a efecto, mantiene cierta intención frente a sus lectores; a veces simplifica, cuando no le parecen necesarios los detalles de los hechos que narra; otras veces, insiste en aspectos que otro historiador juzgaría secundarios. El libro de los

Hechos no se escapa de esta regla común y, cuando Lucas escribe, tiene su propia versión de los sucesos que nos intenta comunicar.

No es éste el lugar de determinar los motivos que tuvo Lucas para escribir su obra. No obstante, el Nuevo Testamento nos lo presenta como un discípulo de Pablo y es evidente que se muestra favorable a su maestro. Se ha dicho incluso que esta obra era algo así como una apología de san Pablo. Sin que sea necesario llegar hasta ese punto, hemos de tener en cuenta esa intención favorable para interpretar los acontecimientos presentados. Por ejemplo, en la medida en que tienden a justificar demasiado el comportamiento del apóstol, hemos de someterlos a una sana crítica para intentar conocer la realidad de las cosas.

Los Hechos de los apóstoles hablan de dos estancias de Pablo en Corinto.

El relato de la segunda estancia (Hech 20, 2-3) no es más que una alusión que nos permite únicamente trazar el itinerario del apóstol sobre un mapa: "Recorrió aquellas regiones (de Macedonia) y exhortó a los fieles con largos discursos; después, marchó a Grecia. Pasó allí tres meses. Los judíos tramaron una conspiración contra él cuando estaba a punto de embarcarse para Siria; él tomó entonces la determinación de volver por Macedonia". Es probable que esos tres meses en Grecia transcurrieran concretamente en Corinto. Sin embargo, este relato tan conciso no nos dice nada de las circunstancias que movieron a Pablo a hacer esta segunda visita a la capital acaea, ni de lo que pasó durante su estancia en ella. Subraya únicamente la hostilidad de los judíos, que incitó a Pablo a volver por tierra atravesando de nuevo Macedonia más bien que embarcarse directamente para Siria.

Por el contrario, su primer paso por Corinto se relata con numerosos detalles (Hech 18, 1-18). Pablo venía de Atenas. Siempre según el testimonio de los Hechos, había sufrido allí un fracaso, ya que con su discurso ante los intelectuales atenienses había quedado en ridículo por sus razonamientos impenitentes. Sólo se habían dejado convencer algunos (Hech 17, 16-34). En Corinto, empleó un método aparentemente más clásico en él, dirigiéndose primero a sus hermanos de raza. Empezó por relacionarse con los judíos que ejercían su mismo oficio, con Aquila y Priscila, que eran fabricantes de tiendas, se hospedó en su casa, trabajó con ellos, buscando así -como se diría hoy- su inserción social. Su predicación se contuvo dentro del marco de los oficios en la sinagoga, a los que

asistía todos los sábados. Poco a poco, se adhirieron a Jesucristo unas cuantas familias y recibieron el bautismo.

Pero fue precisamente dentro de la colonia judía donde surgieron las hostilidades más fuertes. Pronto cambió el clima y Pablo tuvo que romper con la mayoría de sus hermanos de raza y se decidió a dirigirse a los paganos.

Parece ser que durante su estancia en la ciudad, de algo más de 18 meses (cf. Hech 18, 11), no cesaron las zancadillas que le ponían los judíos reticentes. Llegaron incluso a formarle un proceso ante el procónsul Galión, hermano del filósofo latino Séneca, cuyo mandato administrativo en Corinto está atestado por una inscripción encontrada en Delfos, que permite situarlo alrededor del año 52. Este hecho nos autoriza a situar cronológicamente la estancia de Pablo en Corinto (invierno del 50 a verano del 52) y consiguientemente los principales sucesos narrados en los Hechos de los apóstoles. El proconsulado de Galión en Corinto es el punto firme en el que se basa toda la cronología de las misiones paulinas.

Si intentamos ahora agrupar todos los datos que nos ofrecen los Hechos de los apóstoles sobre las relaciones entre Pablo y Corinto, obtenemos la lista siguiente:

- dos visitas, la primera de ellas durante el proconsulado de Galión; duró 18 meses y se presenta como la primera predicación del evangelio en la capital de Acaya. La segunda fue más breve; sólo de 3 meses.
- los nombres de los compañeros de Pablo que le ayudaron en su misión: Silas y Timoteo (Hech 18, 5).
- algunos nombres propios de personas conquistadas para la fe cristiana: Aquila y su mujer Priscila; Ticio Justo, un romano devoto del Dios de Israel y que asistía sin duda a la sinagoga (eso es lo que significa el término "adorador de Dios": Hech 18, 7); Crispo, jefe de la sinagoga cuando Pablo llegó a Corinto (Hech 18, 8).
- la identidad de los adversarios de Pablo, los judíos, cuya hostilidad motivó la predicación a los paganos.

¿Qué pensar de estas diversas indicaciones en el plano histórico? En conjunto, producen una buena impresión. Son concretas; la mención del procónsul Galión, conocido por un documento profano, es un criterio serio de historicidad; los nombres propios que se nos da remiten a

personajes conocidos sin duda en la primitiva iglesia, vivos quizá todavía cuando se redactaron los Hechos, y de los cuales es poco probable que san Lucas nos ofrezca datos inexactos.

Sin embargo, si se sitúa la estancia en Corinto dentro del conjunto de la obra, no es tan fácil confiar en la última información que se nos da sobre la hostilidad de los judíos, que es uno de los motivos favoritos del autor. En varias ocasiones, el libro de los Hechos nos recuerda la oposición de los judíos a la predicación de Pablo (cf. 9, 23; 13,43-46; 14,2.19; 17,5.13; 18,5-6; 28, 28), y es ésa la justificación que se le da al hecho de que el apóstol decidiera dirigirse expresamente a los paganos: "Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles" (Hech 13, 46). Frases análogas aparecen varias veces en el libro y podemos preguntarnos si no formarán parte de la tesis del historiador: justificar a Pablo de ser el apóstol de los paganos -con escándalo de los cristianos de origen judío- por la repulsa que los judíos opusieron al evangelio.

Por lo que se refiere a los adversarios de Pablo en Corinto, parece difícil entonces aceptar pura y simplemente el testimonio de Lucas. Veremos, por otra parte, cómo las cartas a los corintios no van en ese sentido. Por lo demás, los elementos que nos ofrecen los Hechos de los apóstoles parecen serios. Las dos estancias de Pablo en la ciudad y su situación cronológica en los viajes del apóstol están bien determinadas.

Los Hechos no nos dicen sin embargo en qué circunstancias fueron enviadas las cartas a los corintios. El detalle de las relaciones entre Pablo y Corinto no puede conocerse más que a partir de las propias cartas.

LAS RELACIONES PABLO-CORINTO SEGUN LAS CARTAS A LOS CORINTIOS

Los datos biográficos o históricos que nos presentan las cartas a los corintios se reparten por todo el texto y no siempre concuerdan entre sí. Es una empresa bastante laboriosa establecer las relaciones necesarias, evitar las contradicciones, emitir las hipótesis que permitan llegar a una reconstrucción coherente.

Quien tenga miedo de perderse en este estudio, puede pasar a la tercera parte del cuaderno, "avanzando en el

texto", para volver luego hacia atrás. No obstante, el lector decidido tendrá interés en seguir el recorrido que le proponemos, aunque sólo sea para vislumbrar la perplejidad de la situación y ver cómo las cartas brotan del corazón mismo de la vida que las anima.

Para empezar, será útil agrupar los datos que andan dispersos por el texto:

- 1 Cor 1, 11 : unos mensajeros llegados de **Corinto** informan a Pablo de las discordias de su iglesia.
- 1 Cor 2, 1: antes de enviar la primera carta, Pablo habla estado ya en Corinto.
- 1 Cor 4, 17: siempre antes de la primera carta, Pablo habla enviado a Timoteo a Corinto, pero su llegada a la ciudad se prevé que será después de que llegue la carta (sabemos por Hech 19, 22 que Timoteo siguió un camino indirecto, pasando por Macedonia).
- 1 Cor 4, **19-21**: Pablo anuncia su visita próxima a Corinto.
- 1 Cor 5, **9**: "Al escribiros en mi carta..... Pablo ha escrito ya antes a Corinto. Nuestra primera carta a los corintos no es entonces la primerísima.
- 1 Cor 7, 1:En cuanto a lo que me habéis escrito". Entonces, 1 Cor es en parte una respuesta a una carta anterior de los corintios a Pablo.
- 1 Cor 16, 5-8: la carta está escrita desde Efeso, donde Pablo piensa estar hasta pentecostés; luego, desea partir para Macedonia y más tarde para Corinto, en donde pasará el invierno siguiente.
- 1 Cor 16, 10-11: Timoteo llegará pronto a Corinto; Pablo piensa que no se detendrá allí mucho y que regresará pronto a Efeso.
- 1 Cor 16, 12: a Pablo le hubiera gustado enviar también a Apolo a Corinto, pero no ha querido ir.
- 2 Cor 1, 1: Timoteo ha vuelto ya allado de Pablo.
- 2 Cor 1, 8: Pablo y Timoteo parece que han dejado ya Efeso.
- 2 Cor 1,15-16: Pablo había proyectado seguir el itinerario Efeso-Corinto-Macedonia-Corinto-Judea. Nótese que este proyecto es distinto del indicado en 1 Cor 16, 5-8.
- 2 Cor 2, 1-9: en vez de dirigirse a Corinto, Pablo prefiere escribirles una carta "con muchas lágrimas".
- 2 Cor 2, 12-13: Pablo ha dejado efectivamente Efeso. Ha pasado por Tróade, sintiendo no haber

encontrado allí a Tito; luego ha llegado a Macedonia.

- 2 Cor 7, 15-16: en Macedonia Pablo se ha encontrado con Tito y se ha alegrado por las buenas noticias que éste le ha dado. Al parecer, Tito se encargó de llevar a Corinto la carta escrita con lágrimas y, al regresar, de comunicar a Pablo el efecto producido.
- 2 Cor 12, 14: Pablo proyecta una tercera visita a Corinto.
- 2 Cor 13, 1-2: Pablo confirma esta tercera visita y la anuncia, lo mismo que la segunda, "sin miramientos".

A través de estos datos dispersos, se perfila una serie de acontecimientos: algunos se sitúan debidamente en su lugar, pero otros plantean cuestiones sin resolver.

Lo cierto es que Pablo escribió más de dos cartas a los corintios y que éstos también le escribieron. Nuestra primera carta es realmente la segunda; y nuestra segunda carta alude a otra anterior "escrita con muchas lágrimas", pero no puede ser la primera tan apacible. Así, pues, en vez de dos cartas, hemos de pensar por lo menos en cuatro, a las que por comodidad llamaremos A, S, C y D.

- la carta A (1 Cor 5, 9), de la que sabemos que Pablo ordenaba que "no se relacionaran con los impuros".
- la carta S, que es nuestra 1 Coro Entre A y S, Pablo había recibido una carta de la comunidad de Corinto.
- la carta C, "escrita con muchas lágrimas".
- la carta D, que sería nuestra 2 Coro

Hasta aquí, todo parece estar en su sitio, pero las cosas se complican en un doble sentido.

Primera dificultad: no es cierto, ni mucho menos, que nuestra actual segunda carta a los corintios haya sido enviada de una sola vez; hay incluso serias razones para dudar de ello. En efecto, se notan ciertas rupturas en su desarrollo que obligan a preguntarnos si ciertos fragmentos de origen distinto no habrán sido yuxtapuestos a continuación; esto explicaría la aparente falta de continuidad. Señalemos brevemente algunas transiciones difíciles:

- 6, 13/14: las advertencias sobre el peligro de contaminación con los incrédulos choca con el tono confiado de los versículos anteriores.

- 7, 1/2: se vuelve inesperadamente a las frases de confianza.
- 9, 1/2: Pablo toca el tema de la colecta como si no hubiera hablado de él hasta entonces, a pesar de que le ha dedicado todo el capítulo 8.
- 10, 1: los últimos cuatro capítulos de la carta tienen un tono de autodefensa apasionada que no se compagina con la concepción positiva del apostolado desarrollada en los siete primeros.

Estas cicatrices en el texto demuestran su falta de coherencia. Tal como están, nos hacen pensar en ciertas colecciones de oráculos proféticos integrados en el Antiguo Testamento: un discípulo celoso ha recogido con esmero los discursos pronunciados por su maestro en diversas circunstancias y los ha colocado uno tras otro, procurando que no se pierda una sola palabra. De la misma manera, la segunda carta a los corintios es quizá una colección de textos enviados en diversas ocasiones por Pablo a la comunidad de Corinto.

Partiendo de esta hipótesis, los biblistas han intentado señalar una parte o el total de las cartas A y C. Entonces, 2 Cor 6, 14-7, 1 podría ser un fragmento de la carta A en la que sabemos que Pablo mandaba que "no se relacionaran con los impuros" (1 Cor 5, S); y el final de la segunda carta (capítulos 10-13) podría ser la carta con lágrimas mencionada en 2 Cor 2, 1-S y 7, 8-12. Resulta siempre tentador entregarnos a este tipo de suposiciones. Al conocer cuatro cartas a los corintios y al poseer solamente el texto de dos de ellas, nos gustaría reconstruir las cartas perdidas; es imposible conseguirlo con certeza. Pero, si se tiene en cuenta el estado actual de la segunda carta, no es inverosímil la distribución que se propone.

Segunda dificultad: cuando escribe 2 Cor 10-13, Pablo proyecta hacer una visita a Corinto de la que dice en dos ocasiones que será la tercera. Pues bien, los Hechos de los apóstoles no conocen más que dos y, en lo que se refiere a la cronología de los viajes de san Pablo, nos han parecido dignos de crédito; su testimonio, por otra parte, está confirmado por el comienzo de la segunda carta, donde Pablo declara que ha sustituido una visita proyectada anteriormente por el envío de la carta escrita con lágrimas, para evitar los inconvenientes que su viaje habría podido proporcionarle (cf. 2 Cor 2, 1). Si se admite que la tercera visita es la que hizo a Grecia durante su tercer viaje misional (Hech 20, 2-3), ¿dónde colocar la segunda?

La mención de esta segunda visita a Corinto entre la primera (Hech 18, 1-18) y la tercera (Hech 20, 2-3) nos obliga a formular la hipótesis de una ida y vuelta Efeso-Corinto que no mencionan los Hechos, dado que las relaciones marítimas entre ambas ciudades eran sumamente fáciles. La frase "tomé la decisión de no ir con tristeza otra vez donde vosotros", que se encuentra en 2 Cor 2, 1, tendría que interpretarse entonces: "Ya fui donde vosotros con tristeza (la ida y vuelta rápida que constituye la segunda visita); no volveré a hacerlo más".

En resumen, con la parte de hipótesis que esto representa y con la imprecisión de unos cuantos meses en relación con las fechas, podríamos reconstruir así los Hechos:

- Invierno 50-verano 52: primera estancia de Pablo en Corinto; 18 meses de duración; fundación de la iglesia.
- Vera'no 52: Pablo deja Corinto para ir a Jerusalén y luego a Antioquía; final del segundo viaje misionero.
- Año 53: comienza el tercer viaje misionero. Pablo pasa por Galacia y Frigia. El 54, llegó a Efeso, donde permaneció 2 años y 3 meses (Hech 19, 8 y 10).
- Estando en Efeso, avisan a Pablo de las dificultades de la iglesia de Corinto. Escribe entonces la carta A: "No os relacionéis con los impuros".
- Al parecer, las dificultades continúan. Pablo las conoce por "los de Cloé" (1 Cor 1, 11). Al mismo tiempo, recibe de Corinto una carta en que le piden consejos de orden moral (1 Cor 7, 11). Escribe entonces la carta B (nuestra primera carta a los corintios), sin duda durante el año 55.
- En un momento de especial tensión, Pablo hace una rápida visita a Corinto para volver enseguida a Efeso (su segunda visita: 2 Cor 13,2); actúa "sin miramientos". Pero las cosas no salieron bien; él mismo confiesa que no tiene ganas de volver a comenzar con este tipo de viaje relámpago (2 Cor 2, 1).
- De vuelta a Efeso, redacta la carta C, la carta con lágrimas, que les llevó probablemente Tito, uno de sus colaboradores (2 Cor 2, 1-S y 7, 8-12). Cuando Pablo tiene que dejar Efeso, cita a Tito para que se junte con él en una próxima etapa y le informe de su misión.

- El año 57, Pablo deja Efeso. Pasa por Tróade y se preocupa al no encontrar allí a Tito (2 Cor 2, 12-13).
- Unas semanas más tarde, llega a Macedonia, en donde se le une Tito, portador de buenas noticias (2 Cor 7, 6-16).
- Desde Macedonia, a finales del año 57, una vez estabilizada la situación, Pablo redacta la carta D (nuestra segunda carta a los corintios, quizá sin los últimos capítulos).

- El invierno 57-58, Pablo pasa 3 meses en Corinto (su tercera visita). Desde allí escribirá la carta a los romanos.

La historia que así se dibuja está llena de vida: vacilaciones, conflictos, tensiones; las relaciones de Pablo y de Corinto son a la vez difíciles y apasionadas. Los datos obtenidos de los testimonios profanos nos manifiestan que la ciudad no era ni mucho menos una novia tranquila. Es lo mismo que refleja también el texto de las dos cartas a los corintios.

AVANZANDO EN EL TEXTO

Ya está definido el terreno. Incluso hemos dado algunos pasos por él sin apartarnos mucho de sus límites. Se han tomado las debidas precauciones para que pueda

hacerse la travesía sin peligro. El texto paulino podrá ir revelándose poco a poco en toda su riqueza por medio de una lectura continua.

1 Cor 1, 10-4, 21

Divisiones en la iglesia por la locura del mensaje

Tras la hermosa conclusión de la acción de gracias inicial (1, 9), la primera carta a los corintios entra en el corazón de un tema que preocupa seriamente a Pablo: apenas cinco o seis años después de su fundación, la comunidad de Corinto anda ya dividida. Triste noticia para el apóstol que plantó allí el evangelio. Fue sin duda al enterarse, cuando decidió enviarles esta carta: les daría su punto de vista sobre esta cuestión importante, así como sobre algunas otras ante las cuales los corintios no llegaban a ver claras las cosas; eran aún cristianos demasiado jóvenes.

al **LAS DIVISIONES** (1,10-12)

La señora Cloé vivía probablemente en Corinto o en Efeso. Quizá era comerciante -¿por qué no?-, y por eso sus empleados iban y venían frecuentemente entre las dos ciudades, que tenían muy desarrolladas sus relacio-

nes comerciales; y siempre volvían con noticias. Un día, al desembarcar en la costa asiática, aquellos hombres informaron a Pablo de las dificultades que atravesaban los cristianos de Corinto. En cinco años se habían ido formando tres o cuatro partidos, que pretendían cada uno poseer la verdad: el partido de Pablo, el de Apolo, el de Cefas y el de Cristo.

No es fácil señalar detrás de estos cuatro nombres una doctrina determinada; sobre todo porque no podemos fiarnos de los turbulentos corintios, que apelaban a diferentes personas que pensaban exactamente lo mismo para poner en sus labios las diferencias que enturbiaban sus propias relaciones. Los sucesos posteriores sugieren sin embargo que se trataba de divisiones bastante más serias que los simples altercados entre "fans" que tienen cada uno su cantante preferido.

Al parecer, el partido de Pablo agrupaba a los cristianos que permanecieron fieles al apóstol, apegados a su persona y a sus enseñanzas.

Cefas es el nombre arameo de Pedro (cf. Jn 1, 42); se le cita varias veces en la primera a los corintios (1, 12; 3, 22; 9, 5; 15, 5), lo cual demuestra que era conocido en la iglesia de Corinto, pero no necesariamente que hubiera estado en aquella ciudad. La carta a los gálatas, escrita también por los años 55-56, narra un conflicto que surgió en Antioquía unos años antes, en el que Pedro se habría dejado impresionar por los cristianos de origen judío, sin atreverse a dejar de lado ante ellos las prescripciones de la ley mosaica, mientras que Pablo demostraba tener la manga más ancha (Gál 2, 11-14). ¿Hemos de deducir entonces que, bajo el nombre de Cefas, se agrupaban en Corinto no los cristianos de tendencia judaizante? No es posible probarlo, pero resulta bastante verosímil.

También Apolo es conocido en Corinto y, a diferencia de Pedro, es seguro que estuvo en aquella ciudad (1 Cor 1, 12; 3, 4.5.6.22; 4, 6; 16, 12). Es un personaje original en el Nuevo Testamento. Los Hechos de los apóstoles lo presentan como "judío originario de Alejandría, hombre elocuente, que dominaba las escrituras", y dedican todo un párrafo a describir su actividad (Hech 18, 24-28). Pablo parece mantener relaciones muy cordiales con él; sin embargo, dada su personalidad, es posible que una tendencia intelectualizante lo escogiera como cabeza de partido. Esto, por otra parte, estaría muy en consonancia con lo que sabemos del cristianismo alejandrino.

En cuanto al partido de Cristo, no es seguro que se trate de una cuarta escuela. Quizá los que apelan a Cristo sean simplemente los que desean cortar por lo sano todas las discusiones, buscando lo esencial.

Sea lo que fuere, la cohesión de la joven iglesia está comprometida. San Pablo va a intentar restablecerla utilizando dos tipos de argumentos: uno basado en la unicidad del bautismo, otro en la locura del mensaje evangélico.

b) LA UNICIDAD DEL BAUTISMO (1, 13-17)

La lucha partidista entre personas que han sido bautizadas en el nombre del mismo Jesucristo es un contrasentido. Este es el fondo del argumento paulina. Lo único que deben hacer los apóstoles es borrarse ante aquel a quien proclaman; Pablo primero y todos los demás lo mismo.

Es interesante observar cómo, antes de criticar la existencia de partidos contrarios, Pablo empieza atacando

a los que apelan a él, con lo que ataca también al mismo tiempo a los demás partidos sin nombrarlos expresamente:

"¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?
¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?"

Pablo, Cefas y Apolo no son más que servidores (cf. 1 Cor 3, 5). Las dos cuestiones planteadas, cuya respuesta es evidentemente negativa, son una figura estilística para sugerir la doble afirmación:

"Jesús es el que ha sido crucificado por vosotros.
Habéis sido bautizados en el nombre de Jesús."

Esto debería poner punto final a las disputas; si a ello se añade, como hace Pablo, que él mismo sólo administró raras veces el bautismo, confiando sin duda esta responsabilidad a los discípulos que le acompañaban en sus desplazamientos, los corintios no tienen ninguna razón para apelar a Pablo, ni a Cefas, ni a Apolo, ni a nadie más que a Jesucristo.

Esta sección, en la que el sacramento sólo se menciona de pasada para sostener una invitación a la unidad, es sin embargo uno de los pocos textos paulinos sobre el bautismo. No se desarrolla aquí la teología del bautismo por sí misma, pero los términos empleados sugieren un pensamiento bastante elaborado: es en nombre de Jesús como han sido bautizados los corintios; ese mismo Jesús es el que ha sido crucificado. La yuxtaposición de las dos fórmulas permite relacionar la crucifixión de Jesús y el hecho de haber sido bautizados en su nombre: recibir el bautismo es entrar en relación con la cruz de Cristo. La carta a los romanos, unos meses después de las dos cartas a los corintios, nos dice lo mismo: "¿Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte?" (Rom 6, 3). Sin embargo, más explícita en este punto, la carta a los romanos completa esta idea: "Si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante" (Rom 6, 5). De este modo, el bautismo es para el cristiano una asimilación a la muerte de Cristo y, en nombre del itinerario de muerte-resurrección que vivió Jesús, una prenda de la resurrección futura.

Aquí reside lo esencial de la teología bautismal de Pablo. La primera carta a los corintios no dice más, pero

las palabras utilizadas anuncian la síntesis que se desplegará unos meses más tarde en la carta a los romanos. Siempre es oportuno iluminar un texto paulino por otro. sobre todo cuando están cronológicamente cerca. Esto nos permite resaltar las riquezas que una primera lectura no siempre logra descubrir. En este sentido, las cartas a los corintios son una cómoda puerta de entrada para la difícil carta a los romanos; más concretas, partiendo más de la vida, tratan muchas veces en forma de alusión ciertas cuestiones que la carta a los romanos recoge sistemáticamente y de una forma más austera.

El argumento basado en el bautismo no basta sin embargo a los ojos de Pablo. Limitarse a él podría significar que se le da al sacramento un lugar que no le corresponde. Para Pablo, es más importante la evangelización. y lo afirma solemnemente: "No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio" (1 Cor 1, 17).

el LA LOCURA DEL MENSAJE EVANGELICO (1, 18-4, 21)

Más aún que el bautismo, el anuncio del evangelio corre el peligro de provocar entre los destinatarios un apego exagerado a la persona del predicador. Todos conocemos a esos cristianos que no ven la religión más que a través del padre Fulano, "¡que habla tan bien!"; si el padre Fulano hace una pequeña concesión a la elegancia de las fórmulas o a la agudeza del raciocinio, la trampa funciona a la perfección: Jesucristo desaparece detrás de la silueta deslumbradora de su heraldo.

Pues bien, es absurdo querer brillar en la predicación del evangelio, ya que el mensaje cristiano es todo lo contrario a un discurso erudito que permita al mensajero levantarse sobre el pedestal. Si nos situamos en el plano de la razón, es una locura, una aberración, un contrasentido. Hay que estar loco para vivirlo y más aún para difundirlo.

Aquí comienza uno de los pasajes más vigorosos de san Pablo y de los más justamente célebres; esta idea está clavada en su corazón y el apóstol la va a desarrollar en varios capítulos, dejando marcada cada etapa de su discurso por la repetición de la palabra "hermanos" (1, 26; 2, 1; 3, 1; 4, 6).

La primera sección es la que determina el conjunto (1, 18-25); expresa en resumen la inversión de valores que realiza el evangelio. Nos detendremos en ella, ya que las

siguientes no son más que consecuencias que se iluminan por sí mismas, una vez que ha quedado comprendida la primera.

POSTURA PARADOJICA (1, 18-25)

"Como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación" (1,21).

Con una frase difícil por causa de su concisión se sitúa la originalidad del cristianismo respecto a las otras religiones. Pablo tiene conciencia de esta originalidad, al menos respecto a las dos grandes corrientes religiosas que conoce: la corriente judía y la de las religiones y filosofías paganas que se practican en el resto del mundo mediterráneo, designado convencionalmente con el nombre de mundo "griego". "Los griegos" son todos los habitantes del imperio romano fuera de los judíos.

Hasta la época de Cristo, piensa Pablo, todos los hombres, judíos y griegos, habían tenido la posibilidad de llegar a cierto conocimiento de Dios, pero no supieron aprovecharse de ella. Esta concepción está expresada brevemente en la primera carta a los corintios; la expresará mucho más ampliamente y en términos algo distintos en los primeros capítulos de la carta a los romanos; pero parece ser que el fondo de la argumentación es el mismo.

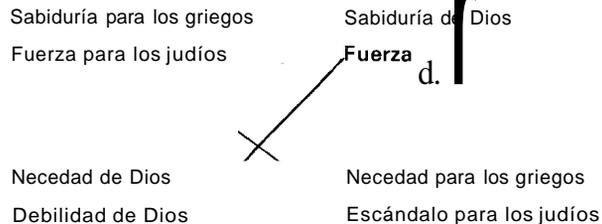
"Los judíos piden señales" (1,22). Jesús se había quejado de aquel apetito de sus contemporáneos por los signos espectaculares y se había negado a responder a él (d. Mt 12, 38; 16, 1). Hay que reconocer que en los momentos claves del Antiguo Testamento, Dios había sostenido a los hebreos por medio de cierto número de "señales y prodigios", y que este recuerdo seguía grabado en su corazón como una manifestación de la elección divina. Durante la celebración de la pascua, por ejemplo, cada familia recordaba los prodigios del éxodo. El pasaje correspondiente de la carta a los romanos tiene un acento ligeramente distinto (Rom 2,17-29); podría resumirse más bien de este modo: "los judíos apelan a la ley". Pero tanto si se trata de la ley de Moisés como si se piensa en los prodigios de que ha gozado Israel, el resultado es el mismo: según san Pablo, estos privilegios que deberían haber llevado al pueblo a la fidelidad para con su Dios no han tenido el efecto deseado. La educación del pueblo a

partir de la ley o de los milagros no ha abolido la hipocresía, ni la idolatría, ni la tibieza. Por eso Dios ha decidido utilizar otro método: el de la cruz.

Lo mismo ha ocurrido con los griegos. "Los griegos buscan sabiduría", dice el texto de la primera carta a los corintios (1,22). Siguiendo la obra que se titula precisamente "Libro de la Sabiduría", uno de los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento (escrito en griego, y que no forma parte por tanto de la biblia hebrea), Pablo piensa que en los tiempos remotos Dios no se había manifestado solamente a través de la revelación bíblica; para todos los hombres la creación era un libro abierto en el que los espíritus disponibles deberían haber reconocido la mano de Dios. "De la grandeza y hermosura de las escrituras se llega por analogía a contemplar a su autor", se lee en el libro de la Sabiduría (13, 5). "Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad", repite la carta a los romanos (1,20). Sin embargo, tanto para los griegos como para los judíos, no tuvo lugar el descubrimiento del verdadero rostro de Dios: "cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura el, vez del creador" (Rom 1,25). En vez de ser un camino hacia Dios, la creación les sirvió de pantalla para ocultarlo; la mirada de los hombres se detuvo en ella; las cosas y los animales se convirtieron en ídolos. Junto con el pecado de los judíos, la carta a los romanos denuncia la idolatría de los griegos (Rom 1, 18-32); ese doble fracaso justifica la elección de la cruz como camino de salvación instituido por Dios en Jesucristo: no ya un camino de poder (los milagros), sino un camino de debilidad; no ya un camino de sabiduría, sino un camino de locura.

A los ojos de los hombres, se trata de una aberración: ¿cómo puede la locura convencer a los griegos ávidos de sabiduría, o la debilidad responder al afán de los judíos que desean ser testigos del poder divino? Pero precisamente la experiencia ha demostrado la ineficacia de la sabiduría y del poder, mientras que la debilidad y la locura de la cruz han transformado a los que se han dejado conquistar por la salvación de Cristo. Finalmente, por la locura es como se ha llegado a la verdadera sabiduría y por la debilidad al verdadero poder: "Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 COI' 1,25).

Esta última frase, con que termina la primera etapa del desarrollo, es perfectamente paradójica. La sabiduría se ha convertido en necedad, la fuerza en debilidad, y viceversa. Se ha realizado un itinerario de inversión de los valores, que puede resumirse en el esquema siguiente:



De esta forma, la cruz es sabiduría de Dios y fuerza de Dios, lo contrario a lo que son la sabiduría y la fuerza a los ojos de los hombres.

Los valores humanos quedan invertidos en Dios. Leyendo superficialmente los textos, podría parecer que san Pablo juega con las palabras, pero no está muy lejos de aquellas palabras de Jesús que proclaman, en contra de todas las aspiraciones humanas, que son "bienaventurados los pobres".

Por otra parte, el lenguaje de las bienaventuranzas, en el que se expresó la misión de Cristo, no es simplemente temporal o accidental. En adelante, el camino señalado por la cruz, el de la debilidad y la locura, es una constante de la elección divina. Es lo que indican también las siguientes etapas del discurso introducidas por el vocativo "hermanos" y que son una perfecta ilustración de la paradoja cristiana.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

Se habla con frecuencia de "paradoja cristiana" para expresar la inversión de valores realizada por el Nuevo Testamento,

- bien en las propias palabras de Jesús que nos transmiten los evangelios (por ejemplo, las bienaventuranzas),

- bien en los caminos de salvación escogidos por Dios (aquí, la debilidad y la locura de la cruz).

Sin embargo, 1 Cor 1, 18-4, 21 cita con frecuencia el Antiguo Testamento y parece apoyarse en él.

- Recoger estas citas y situarlas en su contexto veterotestamentario.
- ¿En qué medida puede decirse entonces que el Antiguo Testamento anuncia la paradoja evangélica?

Debilidad y necesidad de los corintios (1, 26-31)

Al escoger para que fueran fieles cristianos a personas tan poco recomendables como los habitantes de Corinto -Pablo se aprovecha de ello para invitarles a que no se

engrían-, Dios ha actuado realmente contra toda prudencia.

Debilidad y necesidad del testimonio de Pablo (2, 1-16)

El mismo Pablo, en su predicación de Corinto, se negó a utilizar los razonamientos tan apreciados por los sabios o filósofos: "No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado" (2, 2).

Esto no quiere decir que fuera incapaz de tener otro lenguaje. Ante cristianos más elevados que los de Corinto, "espirituales" y no simplemente "carnales" o "psíquicos", suele seguir una reflexión teológica más elaborada; el nivel espiritual de las personas a las que se dirige es el que les impide entonces caer en una especulación vana en donde la cruz no encontraría su puesto (2, 6-16).

CARNE Y ESPIRITU EN SAN PABLO

Carne, cuerpo, alma, espíritu, todos los términos que designan una parte o un aspecto del hombre son muy difíciles de definir. No cabe duda de que el hombre es una realidad compleja.

Es curioso cómo en nuestras lenguas latinas, por ejemplo, "alma" y "animal" se derivan de la misma palabra *anima*, siendo así que pensamos de ordinario que los animales no tienen alma... En este mismo sentido, ¿no es la parte menos noble del ser humano lo que hay en él de animal?

Siempre que un texto emplea estas palabras, es importante precisar el sentido que tienen para el autor, si queremos comprenderlo debidamente. Esta necesidad es mayor aún en san Pablo, dado que las utiliza con mucha frecuencia.

-CARNE (en griego *sarx*; en latín *caro*). Pablo utiliza raramente este término en el sentido de materia corporal, el que tiene por ejemplo en la expresión "resurrección de la carne" (lo hace sin embargo en 1 Cor 15).

La carne es sobre todo, en él, el hombre en cuanto limitado a sus propias fuerzas, sometido a sus impulsos, y por tanto pecador. En este último sentido hay que comprender la oposición carne-espíritu.

-ALMA (en griego *psyché*, en latín *anima*). Es sobre todo el principio de vida biológica tanto en los hombres como en los animales; lo que hace que un ser sea un viviente. Como buen judío, Pablo cree que este principio deja de actuar cuando llega la muerte y, cuando quiere hablar de supervivencia, lo hace en términos de resurrección. El "hombre psíquico" (o "animal") se opone en 1 Cor 2, 14 al "hombre espiritual"; no se insiste en la propensión al pecado, sino en los límites de la naturaleza humana.

-ESPIRITU (en griego *pneuma*, en latín *spiritus*). Es la parte más noble del hombre, la que es capaz de dejarse llevar por el espíritu de Dios. Volveremos sobre ello al final de este cuaderno, a propósito del Espíritu Santo en las cartas a los corintios.

Consecuencias para los predicadores y la comunidad (3, 1-4, 21)

En los dos capítulos siguientes, Pablo concluye su disertación sobre la locura del mensaje cristiano, volviendo a las divisiones de la iglesia que fueron la ocasión del discurso. Nos encontramos con un pasaje muy pastoral sobre el papel de los predicadores cristianos, concretamente Pablo y Apolo, los dos apóstoles de Corinto (no se menciona ya al partido de Cefas, lo cual confirma la impresión de que los corintios no tuvieron nunca contacto directo con él), sobre la conducta que han de seguir los fieles y sobre la manera con que todos deben situarse respecto al único fundamento, Jesucristo.

Finalmente, en tres tiempos sucesivos se indica el largo itinerario propuesto por 1 Cor 1, 10-4, 21; es una forma de avanzar muy corriente en los textos paulinos:

- Problema planteado por la situación concreta de la iglesia: sus divisiones (1, 10-12).
- Ilustración mediante uno o varios puntos doctrinales fundamentales: el bautismo (1, 13-17) Y sobre todo la locura de la cruz (1, 18-25).

- Vuelta a la realidad del punto de partida y consejos con vistas a una solución (1, 16-4, 21).

En volumen, la última parte es de ordinario la más desarrollada, lo cual demuestra la importancia de la preocupación pastoral de Pablo. Pero es más bien en el segundo tiempo donde se observan las grandes intuiciones del pensamiento paulino.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Repasar detalladamente 1 Cor 1, 26-4, 21. Agrupar las enseñanzas que da san Pablo sobre — el lugar de Cristo y del espíritu;
 - el papel de los apóstoles;
 - el comportamiento de los fieles.
- ¿Qué puede sacarse de aquí para la vida de nuestras comunidades cristianas de hoy?

1 Cor 5-16

Diversas cuestiones

El título y la brevedad del párrafo anterior no tienen que inducirnos a error; la diversidad de las cuestiones mencionadas no significa que carezcan de importancia; algunas de ellas, como la asamblea eucarística (1 Cor 11, 17-34) o la resurrección de los muertos (1 Cor 15), son de primerísimo interés. Las iremos repasando una por una en la cuarta parte de este cuaderno.

Pero lo cierto es que son realmente distintas entre sí y que pueden estudiarse independientemente unas de otras. Su único punto en común es que se planteaban al mismo tiempo en la comunidad cristiana de Corinto; el texto de la carta no muestra ningún interés por establecer entre ellas otra relación.

Puede juzgarse esto mismo por las rupturas del texto entre dos cuestiones sucesivas:

- 4, 21-5, 1. Tras el final del desarrollo basado en la locura de la cruz, Pablo reacciona contra una situación moral escandalosa de la que le ha informado el rumor público.
- 6, 20-7, 1. La exposición sobre la fornicación deja sitio a una nueva parte, en la que responde "a lo que me habéis escrito".
- 7, 40-8, 1. A una reflexión sobre el matrimonio y el celibato sucede una cuestión totalmente distinta: ¿se puede comer la carne inmolada a los ídolos?
- 11, 1-11, 2. Vienen luego unas reglas disciplinares sobre el orden en las asambleas cristianas.
- 14, 40-15, 1. Tras estas normas, empieza un desarrollo doctrinal sobre la resurrección de los muertos.
- 15, 58-16, 1. Pablo acaba finalmente pidiendo ayuda económica para la iglesia de Jerusalén, exponiendo

brevemente sus proyectos y enviando unos saludos personales.

Entre uno y otro tema, el autor no se preocupa nunca de establecer literariamente una transición. Es un hombre de acción más que un escritor. Lo esencial es para él darle a cada uno de los problemas que le han presentado una solución acorde con el sentido del evangelio.

Unas cuantas noticias personales y un saludo final constituyen el final de este conjunto heterogéneo; las últimas líneas son de la mano de Pablo, que había utilizado un secretario para el resto de la carta. Hasta el final, el tono sigue siendo vigilante, pero bastante sereno; el apóstol espera que los corintios tengan en cuenta sus consejos. No hay nada que deje prever que la situación se agravaría hasta el punto que nos deja suponer la segunda carta a los corintios.

2 Cor 1, 8-7, 16

Primeros capítulos de la segunda carta

La segunda carta a los corintios es mucho menos conocida por los cristianos y mucho menos utilizada en la iglesia que su hermana mayor. Es algo comprensible y lamentable al mismo tiempo.

Comprensible por dos razones: es una carta más densa, sin esas divisiones tajantes entre dos temas tratados uno detrás de otro, que dan a la primera carta un aspecto algo deshilvanado, pero que permiten aislar los pasajes y estudiarlos por sí mismos. Además, el contenido de las cuestiones que se tratan en la carta primera tiene prolongaciones evidentes en la reflexión teológica; no hay ningún libro de moral conyugal ni un tratado sobre la eucaristía o sobre la resurrección que no le reserve un lugar eminente.

Resulta mucho más difícil alimentar esos tratados con ayuda del texto de la segunda carta. San Pablo no está aquí de humor para darnos un curso. A través de la pasión que lo anima, le preocupa más comprometerse a sí mismo en sus palabras y comprometer a aquel que está en el centro de sus sufrimientos y de su gozo, Jesucristo. Ahondando un poco más las diferencias, podríamos decir que hay que leer la primera carta a los corintios si queremos informarnos de los problemas planteados por la vida de la iglesia y de las soluciones propuestas, pero que es preferible leer la segunda para vivir con san Pablo su experiencia apostólica de muerte y de resurrección.

La primera es más didáctica, la segunda más existencial; sería una pena prescindir de esta última con la excusa de que resulta más difícil de comprender.

La dificultad para captar la segunda carta a los corintios se palpa ya en la casi imposibilidad de dar un título al bloque compacto que forman los 7 primeros capítulos. El título que hemos puesto, voluntariamente vacío de sentido, no toma postura alguna ante las diversas divisiones. A lo largo de esta primera mitad de la carta, Pablo habla mucho de sí mismo y de los corintios, de su pasado en común y de lo que les separa, mientras que en filigrana se vislumbra siempre presente a Cristo sosteniendo las esperanzas del apóstol: "Dichas y desdichas de un apóstol y de su iglesia", podríamos resumir lacónicamente cuando, durante una primera lectura, nos detenemos unos momentos en el final del c. 7 para echar una ojeada sobre el trecho recorrido. Sucesos, impresiones, sentimientos se van entremezclando en la escritura sin ningún plan aparente, con numerosas repeticiones y retrocesos. Faltan los puntos de enlace para apreciar en su justo valor un texto que, a pesar de todo, parece interesante y vigoroso.

¿Habrá acaso algún detalle que permita decir algo más? Por ejemplo, ¿qué sentido tiene la diferencia en el uso de los pronombres personales que utiliza a veces Pablo para hablar de sí? Unas veces dice "yo", otras utili-

za sistemáticamente el "nosotros". ¿Qué razón tiene para obrar así? Todavía es demasiado pronto para decirlo, pero desde luego no es una casualidad, ya que al mismo tiempo se comprueba que el texto abandona el "yo" en el preciso momento en que, al evocar sus recuerdos personales, Pablo llega a Macedonia (2 Cor 2, 13) Y lo recoge de nuevo cuando vuelve a evocar su estancia en Macedonia (2 Cor 6, 13 Y 7, 3-7). En el intervalo, el autor se designa constantemente por la primera persona del plural.

y no es eso todo. Se han observado ya en el conjunto de la segunda carta a los corintios ciertas transiciones difíciles que han dado pie a la hipótesis de un documento compuesto que agrupa diversas cartas escritas en circunstancias diferentes. Pues bien, las cicatrices de los 7 primeros capítulos se añaden a los cambios de pronombre para acentuar el carácter heterogéneo de la carta.

En 2 Cor 2, 13, cuando se interrumpe el "yo" para dejar sitio al "nosotros", el texto se queda en suspenso. Pablo está hablando de su viaje desde Asia a Macedonia, recordando la preocupación que experimentó al no encontrar a su discípulo Tito a quien había citado en Tróade; de pronto, los recuerdos personales son sustituidos por una fórmula de acción de gracias totalmente inesperada: "Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo" (2, 14).

Más tarde, en 2 Cor 6, 13, un nuevo corte: cuando el tono parece hacerse más conciliador, e incluso afectuoso, ya que Pablo exhorta a los corintios a abrirle sus corazones, comienza una repentina advertencia que pone fin a su expansión: "No os juntéis con los infieles" (6, 14). Pero esta advertencia sólo dura medio capítulo: en el versículo 2 del capítulo 7 volvemos a encontrarnos con las exhortaciones paternas que veíamos más arriba; se recoge entonces la frase que había quedado interrumpida: "Os hablo como a hijos; abríds también vosotros...", (6, 13)... "Ensanchadnos vuestros corazones" (7,2). Poco a poco, el "yo" vuelve a prevalecer sobre el "nosotros", y para terminar el ciclo, un nuevo corte en el texto de 2 Cor 7, 4-7, 5 vuelve a los recuerdos de Macedonia y a la cita con Tito que habían quedado olvidados desde 2 Cor 2, 13,

En definitiva, parece que nos encontramos con tres unidades de textos metidos uno dentro de otro como en esas muñecas rusas:

- Un núcleo central (6, 14-7, 1), constituido por la advertencia respecto a los infieles.

- Una primera capa (2, 14-6, 13 Y 7, 2-4), mucho más pequeña en la segunda parte que en la primera. El autor habla siempre de sí mismo en la primera persona del plural, excepto al final donde el "nosotros" y el "yo" conviven de forma curiosa, probablemente para preparar la transición con lo siguiente.

- Una capa superficial (1, 8-2, 13 Y 7, 5-16) donde los recuerdos personales están en singular a partir de 1, 13; el "nosotros" de los 5 primeros versículos se debe sin duda a la influencia del comienzo de la carta, totalmente en plural, ya que Timoteo y quizá también Silvano se asocian a las palabras de Pablo.

Esto nos da una estructura literaria familiar al pensamiento semítico, llamada estructura en quiasmo; el texto se construye de forma simétrica respecto al centro:

A, 1, 8-2, 13
B, 2, 14-6, 13
C, 6, 14-7, 1
B', 7, 2-4
A', 7, 5-16

Generalmente, en la literatura semítica, esta disposición corresponde a una lógica de pensamiento, en la que las partes periféricas están al servicio del núcleo al que rodean y que constituye la cima principal del texto. Los temas que aquí se tocan sugieren más bien que en esta ocasión se trata de paréntesis incluidos unos en otros e independientes entre sí: B' sigue a B pasando por encima de C, y A' continúa a A después de la interrupción de BCB'.

¿Cómo se ha llegado a esta trabazón? Es difícil decirlo. Se puede pensar que san Pablo ha dictado el texto tal como ha llegado hasta nosotros, pasando de un tema a otro siguiendo sus cambios de humor o porque, después de haber interrumpido el dictado, ha recibido nuevos informes sobre la situación de Corinto (en las condiciones de escritura de aquella época, la redacción de 7 capítulos de esta importancia se escalonaba necesariamente durante varios días). Pero tampoco hay que excluir que las diversas partes hayan existido antes aisladamente y que se insertaron luego unas en otras después de alguna aventura corrida por los manuscritos.

Sea lo que fuere de la historia de un texto imposible de reconstruir más que a base de hipótesis, parece segura la estructura de los 7 primeros capítulos en su estado

actual. Las incoherencias que se notan en una primera lectura desaparecen si se lee por separado A-A', B-B' Y C. El trabajo que acabamos de realizar ha permitido trazar 3 itinerarios que nos permitirán adentrarnos en una jungla poco clara al principio.

a) **A-A'. REFERENCIA A LOS SUCEOS PASADOS**

(1,8-2, 13 Y 7, 5-16)

Aislado de los otros dos, el primer itinerario es de un recorrido bastante fácil. Es un recuerdo del pasado con un intento, por parte de Pablo, de justificar su conducta: no había hecho la visita prevista a Corinto y los corintios se lo reprochaban. Quizá fue Tito, que ahora está con Pablo, el que le ha traído la noticia de estas quejas.

Es útil volver aquí sobre la reconstrucción de los acontecimientos que intentamos en la segunda parte de este cuaderno; de todas formas, se trata de una reconstrucción hipotética. Lo que interesa más en este pasaje es la reacción de Pablo ante los hechos.

La acción de gracias que precede inmediatamente (1, 3-7) nos había colocado ya en un determinado ambiente: sufrimientos y aliento. Pablo y sus compañeros bendecían a Dios por haber soportado sin demasiado daño las pruebas que habrían aniquilado a más de uno. Hasta ahora, no sabíamos a qué sucesos se referían: el texto siguiente nos da algunos detalles.

Ha sido en la provincia romana de Asia donde han ido mal las cosas (1, 8); sin duda en Efeso, donde sabemos que san Pablo estuvo 2 años y 3 meses y desde donde había mandado la primera carta a los corintios. Los Hechos de los apóstoles describen ampliamente esta estancia (Hech 19), insistiendo en las molestias que le daba la población. No es seguro que los sucesos a que alude Pablo en esta carta sean los mismos que nos refieren los Hechos; durante más de 2 años, en una ciudad como Efeso y con un personaje tan impetuoso como Pablo, pudieron ocurrir muchas cosas. Sea lo que fuere, Pablo y sus compañeros experimentaron la fuerza de Dios en su propia resistencia; Dios los salvó de la muerte. y como el pasado es garantía del porvenir, la salvación que habían obtenido se convertía en prenda de resurrección: "El nos libró de tan mortal peligro, y nos librará; en él esperamos que nos seguirá librando" (1, 10).

Durante la lucha, Pablo se sentía sostenido por la oración de los corintios (1, 11). Por eso subraya la importancia de ese vínculo entre él y los destinatarios de su carta, ya que inmediatamente después tendrá que enfrentarse con ellos para defenderse del reproche de ligereza que le hacen directa o indirectamente. Por segunda o tercera vez, él tenía que haber ido a Corinto; los corintios se habían informado de ese proyecto y creían que la visita del apóstol les ayudaría a salir de una situación difícil. Quizá contaban con la autoridad de Pablo para dominar a uno de sus rivales especialmente persuasivo (2 Cor 2, 5-11); no se nombra a ese personaje; en el momento en que escribe la segunda carta a los corintios, parece ser que se ha arreglado ya este conflicto. Pero los ánimos se habían caldeado.

y san Pablo no había ido a Corinto. Prefirió escribir una carta enérgica (la carta C) en vez de ir a verlos; quizá creía que podría tomar por escrito una postura más clara o quizá recordaba cómo una visita relámpago anterior había acabado con un fracaso (cf. 2 Cor 10, 1-2 y 13, 1-2). Al parecer, aquella carta dio sus frutos. Al unirse con Pablo a su regreso de Corinto, Tito trajo noticias consoladoras (2 Cor 7, 6-16). Pero los corintios que contaban con una visita del apóstol en persona no podían aceptar que modificase sus proyectos iniciales y el envío de una simple carta les pareció quizá un procedimiento demasiado expeditivo para solucionar una situación tan grave.

Pablo tiene que defenderse: "Si todavía no he ido a Corinto, ha sido por miramiento a vosotros" (1, 23). El retraso de su visita es una medida de prudencia; uno se controla mejor a distancia y por escrito que metido en la refriega. El apóstol encolerizado podría haber golpeado demasiado fuerte. Por tanto, que no vean en su decisión ni debilidad, ni desenvoltura, ni inconstancia, sino una actitud comprensiva de acuerdo con los acontecimientos, que no enturbia en lo más mínimo su fidelidad a los corintios: "Por la fidelidad de Dios, que la palabra que os dirigimos no es sí y no" (1, 18).

Pablo hace públicamente una protesta de fidelidad (1, 18-22), que como verdadero discípulo de Jesucristo sitúa en la misma línea que la de su maestro, el cual "no fue sí y no; en él no hubo más que sí" (1, 19). Estas pocas líneas son un verdadero tesoro; merecen que las contemplemos unos instantes, aislándolas un poco de la ganga del contexto para descubrir la belleza de todos sus aspectos.

Cristo es el amén (cf. Apoc 3, 14), cuya vida entera proclama un sí incondicional a la voluntad de su Padre (cf. Heb 10, 5-10); y sobre ese sí del Hijo de Dios se basa el del apóstol: "Por eso decimos por él amén a la gloria de Dios" (2 Cor 1, 20). Es una frase muy densa, que es imposible traducir debidamente en nuestras lenguas modernas. Si la traducimos literalmente, conservando el orden de las palabras griegas, obtendríamos una proposición sin verbo muy vigorosa:

Por él
amén
a Dios
para la gloria
por nosotros.

Por él (Cristo)..., por nosotros (los apóstoles): ambos términos se corresponden simétricamente; el paralelismo arraiga la misión de los apóstoles en la de Cristo de un modo especialmente intenso. El apóstol es una especie de otro Cristo, tal como lo explican, comentando esta fórmula sintética, los versículos 21 y 22: "Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el espíritu en nuestros corazones".

También aquí, la frase corre el peligro de perder en parte su sentido si no la observamos en detalle; no es la sintaxis lo que se discute, sino las palabras empleadas; al parecer son abstractas, pero lo cierto es que 3 de ellas son términos concretos sacados del vocabulario de las relaciones comerciales:

- confortar. El primer sentido es "consolidar", pero en la compraventa se usa en el sentido de "asegurar", "garantizar": un comerciante garantiza que el objeto vendido al cliente es auténtico. Aquí, la autenticidad de la misión del apóstol queda garantizada por Jesucristo.
- el *sello* es el certificado de garantía; la mercancía enviada es sellada por el expendedor, poniéndole la marca de la casa. El sello es al mismo tiempo una señal de pertenencia y la garantía para el receptor de que no se la ha tocado durante el viaje.
- las *arras* son, lo mismo que hoy, el dinero pagado en el momento de firmar el trato. Son una parte de la cantidad total que habrá que

pagar luego. Decir que Dios ha puesto en nuestros corazones las arras del espíritu no significa que luego se nos dará otra parte de ese espíritu (el espíritu no se da a trozos); es el espíritu otorgado a cada uno *el* que constituye las arras del don de Dios que se nos dará íntegramente después de la muerte.

Vale la pena además ahondar en otra palabra que no forma parte del vocabulario comercial: *ungir*. Es la palabra griega *chriein*, de donde se deriva la palabra *Christos*, el "ungido" del Señor. Así, pues, para responder al juego de palabras del texto griego, habría que traducirla por "cristificar": "Es Dios el que nos garantiza con vosotros y el que nos ha cristificado; el que nos marcó con su sello y ha puesto en nuestros corazones el espíritu como arras de su don total". Con el sello que ha puesto (¿el bautismo?), y con el espíritu que ha dado, Dios garantiza la "cristificación" del apóstol y, junto con él, la de todo cristiano.

Este pasaje tan rico es la cumbre teológica del itinerario recorrido hasta ahora; nos hemos detenido en ella para poner de relieve lo que no se veía a primera vista. Esto no quiere decir que carezcan de interés otros lugares más accesibles. A más de un lector le llenará de gozo descubrir el justo orgullo de Pablo ante lo que Dios ha realizado en Corinto por sus manos (1, 12), su profunda alegría nacida en el corazón mismo de la tristeza (2,2), su sentido del perdón (2, 5-10), su manera de sacar partido de un fracaso para llegar más lejos (7, 8-11).

Una de las cualidades de la segunda carta a los corintios es que penetra hasta lo más hondo del espíritu humano y que, mediante un ligero desbroce, todos pueden encontrar en ella su alimento.

b) **B-B'. EL MINISTERIO DE PABLO ENTRE LOS CORINTIOS**

(2, 14-6, 13 Y 7, 2-4).

1. **Búsqueda de un plan**

El segundo itinerario, que es el más largo al menos en su primera parte, está ampliamente dedicado al ministerio de Pablo entre los corintios. Aunque lo aislemos del anterior resulta bastante sinuoso. Pero si la búsqueda de un plan a partir de las ideas expuestas parece imposible,

el análisis del texto a nivel literario revela elementos lógicos que pueden ayudar a comprender su trazado.

La alternancia del "nosotros" y del "vosotros"

El "yo", que es la persona gramatical empleada en la mayor parte del primer itinerario, desaparece por completo en el segundo en provecho del "nosotros", excepto en los últimos versículos en donde los dos caminos se juntan (6, 13; 7, 2-4) y donde vuelven a aparecer algunos "yo" mezclados con los "nosotros" que prolongan el estilo de los párrafos anteriores. El final del c. 6 y el comienzo del 7 son la parte de la carta en donde las piezas y los trozos se traban más minuciosamente y es posible que un editor final haya manejado los pronombres utilizados para atenuar los contrastes. Por otra parte, este trabajo se prolonga hasta el final del c. 7, en donde cierto número de "nosotros" viene a esmaltar un texto que tenía como tono general al "yo".

Aquí, el paso del "yo" al "nosotros" no parece indicar un cambio de sujeto, como si después de hablar de sí mismo Pablo Contestara ahora a ciertas cuestiones que le atañen a él al mismo tiempo que a los corintios. En el lenguaje corriente, "nosotros" quiere decir en general "vosotros y yo", pero en estos capítulos los corintios quedan excluidos del "nosotros": Pablo y los corintios se enfrentan entre sí. La oposición entre "nosotros" y "vosotros" está marcada con bastante claridad para que los segundos no puedan incluirse de ninguna forma en los primeros (cf., por ejemplo, 2 Cor 4, 12; 5, 13). Cuando por excepción Pablo desea designar al mismo tiempo a los corintios y a él, o incluso más globalmente a todos los cristianos, utiliza un giro especial: "todos nosotros" (3, 18).

2 Cor 2, 14-6, 12 está construido sobre una oposición constante entre "nosotros" y "vosotros" que se tiran la pelota. Pablo, cuyo ministerio entre los corintios ha sido discutido por sus propios fieles, se pregunta periódicamente sobre la forma con que han recibido su predicación y su testimonio... sobre la obra que "nosotros hemos realizado en *vosotros*"; en otros lugares, les da consejos: "*Nosotros os suplicamos: ireconciliaos con Dios!*" (2 Cor 5, 20). Pero como tiene también que exponer a sus fieles la base que sirve de apoyo a la autenticidad de su ministerio, tiene períodos de reflexión prolongada donde los argumentos teológicos prevalecen y desaparece la segunda persona ante el predominio del "nosotros".

Este balanceo de una persona a otra da ritmo a todo el pasaje; no es que se trate de un plan propiamente hablando, en la medida en que la alternancia es a veces rápida y sólo ocupa unos párrafos muy pequeños; pero se integra muy bien dentro de otras grandes divisiones que pueden trazarse a partir de otra tónica literaria: el empleo de los términos "ministro" y "ministerio".

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Señalar en 2 Cor 2, 14-6, 12 el empleo de la segunda persona del plural y su oposición con la primera.
- Partiendo de aquí, señalar la distancia o las oposiciones que se dibujan entre la función del apóstol y el comportamiento de sus ovejas.
- Tener en cuenta esta oposición en la actualización de la carta. Los hombres del siglo XX, que desean iluminar su vida a la luz de 2 Cor, tienen que poner atención en el pronombre empleado, para ser fieles a Pablo. En particular, las frases en "nosotros" sólo se aplican a nosotros mismos en cuanto a evangelizadores y no en cuanto a evangelizados.

El empleo de los términos "ministro" y "ministerio"

"Ministro" (en griego, *diakonos*) y "ministerio" (en griego, *diakonia*) aparecen aquí por primera vez en la segunda carta a los corintios. Cualquier lector puede darse cuenta de ello fácilmente y las biblias modernas lo subrayan en los subtítulos que ponen a nuestro texto.

Sin embargo, estos términos no están repartidos al azar en la exposición paulina. Su uso se distribuye en 2 pasajes situados en los dos extremos de la sección. El cuadro siguiente ofrece las referencias, así como las palabras del texto que detallan el ministerio de que se trata:

1.º pasaje (3, 5-4, 2)

3, 6: *ministros* de una alianza nueva

3, 8: ministerio del espíritu

opuesto a ministerio de muerte (3, 7)

- 3, 9: ministerio de la justicia
opuesto a ministerio de la condenación (3, 9)
4, 1: ... este ministerio.

4. 7-5. 10 **Tesoro en vasos de barro** **("nosotros/vosotros/nosotros")**

+ *Los que están orgullosos de sus apóstoles*
(5, 11-13) ("*vosotros*").

2.º pasaje (5, 14-6, 10)

- 5, 18: ministerio de la reconciliación
6, 3: ... nuestro ministerio
6, 4: *ministros* de Dios.

Como se ve, el término "ministros" enmarca los diversos empleos de la palabra "ministerio", sugiriendo una estructura literaria en quiasmo.

El primer pasaje que hemos delimitado está dedicado al "ministerio del espíritu" o "ministerio de la justicia", dos expresiones que parecen equivalentes y en donde la tarea del apóstol cristiano se opone a la de Moisés, el hombre de la antigua alianza (cf. 3, 14), que ejerció lo que Pablo llama desdeñosamente un "ministerio de muerte" o "de condenación".

El segundo pasaje llama "ministerio de reconciliación" a la función de los apóstoles, considerada aquí, no ya en su oposición al Antiguo Testamento, sino en el dinamismo de la llamada que lanzan a los cristianos para que se dejen transformar por la gracia de la cruz y de la resurrección.

Entre ambos pasajes, una joya: la muerte y la resurrección vividas en la vida misma del apóstol, lo que san Pablo llama hermosamente "tesoro en vasos de barro" (4, 7-5, 10). Este pasaje central está enmarcado por dos pequeños párrafos en "vosotros" (4, 3-6 y 5, 11-13). De esta forma llegamos al siguiente plan:

+ *Doble introducción* (2, 14-3, 4)

- acción de gracias y exposición del tema (2, 14-17): ("*nosotros*").
- las cartas de recomendación (3, 1-4): ("*vosotros*").

3. 5-4-2

Ministerio de la justicia. **Ministerio del espíritu ("nosotros")**

+ *Los que rechazan el evangelio*
(4, 3-6) ("*vosotros*")

5. 14-6. 10 **Ministerio de la reconciliación** **("nosotros/vosotros/nosotros")**

+ *Conclusión* (6, 11-13 Y 7. 2-4)

N. B. Los párrafos en "vosotros" se mencionan entre paréntesis en este esquema, integrados eventualmente entre dos "nosotros", cuando no ocupan más que una parte de la sección.

Es el propio texto el que, a partir del uso del término "ministerio" y de los pronombres personales utilizados, nos ha permitido trazar este plan. El resultado es satisfactorio para el espíritu. Pero no hemos de detenernos en el placer de contemplar un cuadro tan claro y bonito. Su finalidad es permitirnos una inmersión en el texto, sobre todo en los 3 densos pasajes que pone de relieve, en donde se presiente que se podrá tocar el no va más del pensamiento paulina.

2. La doble introducción (2, 14-3, 4)

"¡Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo, en Cristo, y por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento!" (2, 14).

Se oye con claridad el sonido de la trompeta para introducir al cortejo de apóstoles que acompañan al carro triunfal de Cristo vencedor, derramando a su paso incienso y perfumes. Estas imágenes pomposas están sacadas de las antiguas ceremonias de triunfo y dicen poco a las mentalidades modernas que suelen desconfiar de todo triunfalismo. Sin embargo, nos permiten asociar desde el principio el ministerio apostólico, del que se tratará a través de más de 4 capítulos, a la victoria de Cristo: las palabras de los apóstoles anuncian la muerte-resurrección de Jesús, de la misma manera que los perfumes que precedían al triunfador.

Es curioso cómo las referencias olfativas permiten en el versículo 15 pasar de una comparación a otra: los perfumes del rito triunfal dejan sitio al buen olor del sacrificio. Cristo es ahora la víctima; los apóstoles son como el humo que se eleva, ligados también aquí directamente con aquel cuyo gesto prolongan.

San Pablo se empeña en afirmar con energía el vínculo tan estrecho que los une a Cristo; es preciso poner de relieve su importancia, ya que los adversarios insisten en su oposición. Tenían incluso sobre él una superioridad a la que los corintios se mostraban muy sensibles: las cartas de recomendación de las que se habla al principio del capítulo 3.

Era costumbre ordinaria, cuando un cristiano tenía que ir a una comunidad que no le conocía todavía, que buscara de antemano una recomendación en una carta que llevaba consigo de alguna autoridad de la iglesia. La comunidad que lo recibía estaba entonces segura de las intenciones del recién llegado y podía acogerle sin reservas.

En tres ocasiones por lo menos, el Nuevo Testamento hace mención de esta costumbre. En Hech 18, 27, la iglesia de Efeso escribe a la de Corinto que se muestre benévola con Apolo, que piensa dirigirse a Acaya. El mismo Pablo, al final de dos de sus cartas (Rom 16, 1-2 Y Col 4, 10), no vacila en recomendar a 2 de sus discípulos, Febé y Marcos, ofreciendo por ellos las debidas garantías.

Sin embargo, parece ser que en Corinto Pablo se encuentra en este aspecto en una situación de inferioridad: llegó allí sin ninguna carta de recomendación. Sus adversarios sí que las tenían y nos gustaría saber qué autoridad de la iglesia se las había dado. ¿Pedro? ¿Santiago el de Jerusalén o algún otro miembro de la iglesia madre? ¿No serán los adversarios de Pablo una especie de inspectores enviados por los apóstoles que desconfiaban de las innovaciones de Pablo?

Lo cierto es que Pablo no tiene ningún documento oficial en el que apoyar su autoridad y que tiene que atacar a personas que lo tenían. Se niega entonces a entablar batalla en este terreno y se sitúa en otro plano que le parece más fundamental, el de los resultados: la iglesia de Corinto, lo que ella es, el camino recorrido desde hace 6 ó 7 años por los que son sus miembros, ésa es la prueba de la autenticidad de su misión y no hay ninguna otra. "Por sus frutos los conoceréis", había dicho Jesús para ayudar a sus discípulos a discernir entre los buenos y los malos predicadores. Pablo reacciona del mismo modo,

invitando a los corintios a fijarse en la obra que Dios ha realizado en ellos. Pues de todo lo que se ha hecho, el apóstol no es más que el instrumento: "Nuestra capacidad viene de Dios" (2 Cor 3, 5).

3. El ministerio del espíritu.

El ministerio de la justicia (3, 5-4, 2)

Al intentar demostrar lo que es delante de Dios el ministerio de los apóstoles del mismo estilo que él, Pablo acude a su comparación con la misión de Moisés: el intérprete de Dios para la transmisión de la ley judía desempeña efectivamente un papel de primer plano en la historia de la revelación de Dios a los hombres. Pero su importancia es muy pequeña, piensa Pablo, al lado de la de los apóstoles, "ministros de una nueva alianza" (3, 6).

Para hacer resaltar este contraste, no vacila en utilizar palabras de una violencia inaudita: "ministerio de la muerte", "ministerio de la condenación" (3, 7.9), tales son los términos con que califica la función de Moisés, convencido de que por la ley los judíos han caído en el pecado (cf. todo el capítulo 7 de la carta a los romanos). En oposición están los términos elogiosos con que designa el papel de los apóstoles de Cristo: "ministerio del espíritu", "ministerio de la justicia" (3, 7.9). La superioridad del segundo tipo de ministerio sobre el primero queda subrayada con energía. San Pablo quiere además demostrarlo por la escritura y emprende entonces una argumentación inspirada en la exégesis rabínica que es interesante examinar de cerca, aunque sólo sea para descubrir sus métodos de interpretación bíblica. La verdad es que un occidental del siglo XX no se encuentra espontáneamente a gusto en ella.

En el libro del Exodo hay un episodio curioso sobre la gloria que irradiaba del rostro de Moisés en el momento en que descendía de la montaña del Sinaí después de haber recibido la ley divina: "Luego bajó Moisés del monte Sinaí y, cuando bajó del monte con las dos tablas del Testimonio en la mano, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con Yavé. Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y al ver que la piel de su rostro irradiaba, temían acercarse a él. Moisés los llamó. Aarón y todos los jefes del pueblo se volvieron a él y Moisés habló con ellos. Se acercaron a continuación todos los hijos de Israel y él les comunicó cuanto Yavé le había dicho en el monte Sinaí. Cuando

Moisés acabó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro. Siempre que Moisés se presentaba delante de Yavé para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía, y al salir decía a los hijos de Israel lo que Yavé había ordenado. Los hijos de Israel veían entonces que el rostro de Moisés irradiaba, y Moisés cubría de nuevo su rostro hasta que entraba a hablar con Yavé" (Ex 34, 29-35).

La proximidad de Moisés con Dios es tan grande que la gloria divina inunda su rostro; en la mentalidad judía de aquella época, el trato con Dios cara a cara es tan violento que el hombre corre el peligro de morir por eso y, ante el temor de sus hermanos, Moisés cree conveniente cubrirse el rostro cuando se dirige a ellos. La irradiación de la gloria divina queda de este modo disimulada ante las miradas del pueblo que puede escucharlo sin peligro.

Se trata únicamente de una prudente precaución, ya que el contacto directo con el mundo divino era terrible para los mortales, como es normal que ocurra con gentes que tienen un agudo sentido de lo sagrado. También el profeta Isaías exclamaba después de haber visto al Señor: "¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yavé Sebaoth han visto mis ojos!" Os 6, 5).

Es difícil decir si las tradiciones rabínicas contemporáneas de Pablo daban una interpretación especial de este pasaje; solamente se pusieron por escrito más tarde e ignoramos lo que se pensaba en aquella época. San Pablo da de este *velo* una interpretación simbólica que va mucho más lejos del texto bíblico. El *ve* en el gesto de Moisés, no ya una preocupación para evitar que el esplendor de su rostro matara a sus interlocutores, sino más bien una especie de estrategia para que el pueblo no se diera cuenta de que se trataba sólo de una irradiación fugitiva: "Moisés se ponía un *velo* sobre el rostro para impedir que los israelitas vieran el fin de lo que era pasajero" (2 Cor 3, 13). Al mismo tiempo que protegía al pueblo de la violencia de la luz, el *velo* permitía disimular el carácter efímero de la gloria que iluminaba a Moisés. Se convierte de esta forma en un símbolo de la imperfección de la alianza antigua.

Prosiguiendo este mismo camino, Pablo explota la imagen del *velo* a partir del mantón para la oración que se ponen los judíos cuando se entregan a la lectura de la ley: un gran paño rectangular de *varias* franjas que se colocan sobre los hombros y que desciende hasta las

piernas. El apóstol lo relaciona con el *velo* que cubría el rostro de Moisés y *ve* en él la señal de la ceguera de los judíos: "Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un *velo* está puesto sobre sus corazones" (2 Cor 3, 15). En otras palabras, el Antiguo Testamento no puede comprenderse de modo perfecto fuera de la fe en Jesucristo. Cristo es el que hace caer el *velo* y permite leer con claridad el conjunto de los libros bíblicos.

Todos sabemos el partido que la tradición cristiana ha sacado de esta interpretación: en los pórticos de nuestras catedrales se representa a la sinagoga como una mujer triste con su rostro *velado*, para subrayar por contraste la firme seguridad de una iglesia clarividente.

San Pablo no llega a esta oposición; para él, la iglesia no está *todavía* separada de la sinagoga; hunde en ella sus raíces, pero a medida que las raíces *van* creciendo a la sombra del humus, la planta empieza a desarrollarse a la luz del día, iluminada por la claridad del espíritu: "Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos *vamos* transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme a la gloria del Señor, que es espíritu" (2 Cor 3, 18).

Pablo tiene una idea muy *elevada* del ministerio apostólico. Define al apóstol como un *nuevo* Moisés, investido de una perfección que le faltaba al heraldo de la antigua ley.

¿Por qué utiliza este lenguaje? ¿Acaso porque sus adversarios eran judaizantes y desea subrayar la superioridad de la nueva ley sobre la antigua? ¿O porque, siendo él mismo judío, siente la necesidad de revalorizar ante los corintios la distancia que ahora le separa de sus orígenes?

¿Es acaso debido a las imágenes tan materiales que sugiere la palabra "espíritu"? El espíritu (*pneuma* en griego, *ruah* en hebreo) designa ante todo el soplo, el viento en cuanto fuerza *activa*, la que empuja hacia adelante y ". iquita todos los *velos*! Aquel *velo* cuya presencia mantenía ciegos a los fieles de la antigua alianza no resiste evidentemente al soplo del espíritu. Los v. 17 y 18 del c. 3 adquieren un *vigor* especial si se tiene en cuenta esta acepción física del término "espíritu", y no es imposible que esta misma palabra haya exigido la elección del pasaje del Antiguo Testamento en el que se apoya el texto de Pablo.

4. Los que rechazan el evangelio (4, 3-6)

Sea lo que sea de la transparencia de los apóstoles, lo cierto es que la luz del evangelio no ha sido recibida por todos. Si los judíos que no han seguido a Jesucristo tienen oscurecida su inteligencia (3, 14) o velado su corazón (3, 15), no les está reservado a ellos este triste privilegio. También hay otras inteligencias ciegas (4, 4) entre los destinatarios de la predicación cristiana, que se han dejado seducir por Satanás, llamado aquí "el dios de este mundo" (4, 4).

Por muy grande que sea la fuerza del testimonio que se ha dado, nada se lleva a cabo sin la adhesión libre de quienes lo reciben. Eso es lo que san Pablo ha descubierto en Corinto.

5. El tesoro que se lleva en vasos de barro (4, 7-5, 10)

En el v. 7 del c. 4, el camino seguido da un giro bastante brusco. Hasta aquí, Pablo ha subrayado ampliamente la nobleza del ministerio apostólico: es una prolongación directa del de Cristo. Y si no se recibe el mensaje apostólico, es debido a la repulsa de los destinatarios. El apóstol se muestra tan firme como el propio Jesús.

Pero de pronto sale a relucir la debilidad del apóstol al mismo tiempo que la soberana dignidad de la carga que lleva: "Pero llevamos este tesoro en vasos de barro".

¿Qué tesoro? ¿Acaso esa locución tan enrevesada con que acaba el v. 6: "el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo"? ¿Todo lo que constituye la misión del apóstol y de lo que el texto lleva hablando durante varios capítulos? ¿O quizá la consecuencia de todo esto, la vida eterna de la que va a tratar en las líneas siguientes? Lo cierto es que san Pablo se siente enriquecido por un don de Dios extraordinario y que, ante este don, tiene conciencia de su enorme pobreza.

Comienza entonces una joya literaria, en perfecto contraste, donde se entrelazan la muerte y la vida, el presente y el futuro, el "nosotros" y el "vosotros", para revelar una vida en tensión entre la fuerza y la debilidad. En su ministerio apostólico, Pablo ha experimentado dos realidades que parecen contradictorias: sus pruebas personales, todas las molestias que le han causado las comunidades cristianas, en Corinto y en otras partes, poniéndole en situaciones humanamente insuperables. Sin embargo, no

se ha visto aniquilado: continuamente ha querido aplastarle la fuerza de la muerte y continuamente también ha logrado salir a flote. Más aún, su apostolado en Corinto se ha manifestado fecundo, ya que vive allí una iglesia en ebullición y, a pesar de sus deficiencias, llena de esperanzas, lo cual es una prueba tangible de que la vida verdadera puede brotar de la muerte.

Pablo ha vivido en todo su ser el misterio de la pascua y, cuando habla de la resurrección, habla por propia experiencia: la resurrección está ya actuando; él ha palpado su fuerza en sí mismo y en los fieles.

La forma mejor de saborear este rico pasaje es leerlo comparándolo con otro que habla también de la resurrección, pero de una forma mucho más nociónal: el c. 15 de la primera carta a los corintios (cf. más adelante. p. 55). En la primera carta, Pablo es un profesor que transmite un saber; en la segunda, es un amigo que nos confía sus experiencias. Entre ambas cartas, las pruebas vividas han provocado en él una maduración de una amplitud excepcional, si se tiene en cuenta el intervalo de pocos meses que las separan.

6. Los que están orgullosos de sus apóstoles (5, 11-13)

Este pequeño párrafo en "vosotros" sirve de compensación al que precedía anteriormente sobre el tesoro en vasos de barro. En 2 Cor 4, 3-6, después de demostrar la excelencia de su ministerio, Pablo tenía que explicar por qué algunos lo rechazaban. Ahora da un paso más: por encima del ministerio, es en la misma persona del apóstol donde se revela activa la fuerza de Dios. Pablo no vacila en presentarse a sí mismo como argumento a los corintios para que resistan a los apóstoles de paja. Lo hace además para volver sobre un nuevo aspecto de su ministerio, la reconciliación.

7. El ministerio de la reconciliación (5, 14-6, 10)

Un nuevo pasaje muy denso y de vocabulario poco concreto, al menos en lo que concierne al final del c. 5 y muy explotado por los teólogos, ya que supone toda una concepción de la muerte redentora de Cristo.

El ministerio de la justicia o del espíritu descrito en 2 Cor 3, 5-4, 2 situaba la misión del apóstol como sustitución de la de Moisés como legislador; no se aludía para nada a los sacrificios antiguos ni al sacrificio de Cristo. El contraste que se subrayaba era entre la antigua y la nueva ley. Aquí, por el contrario, está presente la muerte de Cristo desde la primera línea, y su muerte "por nosotros". En el vínculo entre los fieles y la muerte redentora de Jesús es donde se sitúa la reconciliación.

Desde el comienzo, en el v. 14, se recuerda la muerte de Jesús en términos bastante estereotipados, que hacen pensar que san Pablo se apoya en una declaración de fe cuasi oficial, en uno de los "slogans" con que los cristianos de la iglesia primitiva se reconocían como creyentes y afirmaban su identidad para diferenciarse de los fieles de otras religiones:

"Uno murió por todos" (v. 14)

"Murió por todos" (v. 15).

En estos términos se formula la referencia a un acontecimiento de la historia que se presenta como una de las *claves* de la fe cristiana: la muerte de un tal Jesús de Nazaret en el proconsulado de Poncio Pilato no es uno de tantos hechos, sino que tiene un significado universal. Y san Pablo desarrolla esta significación:

""...por tanto, todos murieron" (v. 14).

Los que están *vivos* no viven ya para sí mismos, sino para Cristo (versículo 15). Fórmulas sumamente condensadas que forman sin embargo uno de los mejores resúmenes de la redención: como Jesús ha muerto por todos, todos han muerto con él y han sido llamados a vivir para él.

Sin embargo, la misma concisión de estas frases las *vuelve* un tanto sibilinas. Para concretar su contenido, es normal acudir a las cartas contemporáneas de Pablo, especialmente a la carta a los romanos que desarrolla ordinariamente de forma más completa las intuiciones de las cartas a los corintios. Pues bien, el célebre pasaje de la carta a los romanos sobre el bautismo relaciona del mismo modo la muerte de Cristo con la del creyente (Rom 6, 1-11): el bautizado queda totalmente unido, asimilado a la muerte de Cristo; ha muerto; y la carta a los romanos señala en qué consiste esta muerte, mientras que no nos dice nada la segunda carta a los corintios: una muerte al pecado.

Los efectos de la muerte de Jesús sobre el creyente quedan así bastante claros y entonces adquieren todo su sentido los siguientes versículos (2 Cor 5, 16-17): trans-

formados por la muerte de Cristo, los fieles llegan a un nuevo modo de conocimiento que no es ya un "conocimiento según la carne" (algunas biblias modernas, como la edición ecuménica, traducen a veces: "conocimiento a la manera humana"; más vale, en pasajes tan delicados, permanecer lo más cerca posible del texto griego). "Conocer a Cristo según la carne" sería echar sobre él una mirada de hombre pecador, sin ver en él más que al revolucionario o al hombre maldito por la ley; ¿es que no dice la escritura: "Maldito todo el que está colgado de un madero" (Gál 3, 13)?

Eso fue lo que hizo san Pablo durante los años anteriores a su vocación en el camino de Damasco, rechazando a Cristo y persiguiendo a los fieles; está hablando con conocimiento de causa.

A este conocimiento según la carne se opone una nueva creación, una realidad totalmente nueva que se deriva de la muerte de Cristo y transforma la vida del creyente. Tampoco Pablo desarrolla esta idea en la segunda carta a los corintios, pero le dedica todo un capítulo de la carta a los romanos que se puede leer como complemento de estas reflexiones (c. 8). En la segunda carta a los corintios, se contenta con afirmar la novedad de la situación, resumiéndola en un término que aparece por primera vez en esta carta: la reconciliación. A partir del versículo 18, el texto se convierte en una ardiente llamada a dejarse reconciliar con Dios.

El verbo (reconciliar) y el sustantivo (reconciliación) son bastante raros en san Pablo (10 veces en total en todas sus cartas, 5 de ellas en este pasaje). Su sentido es globalmente el mismo que en nuestras lenguas latinas: en 1 Cor 7, 11, Pablo desea que la mujer separada de su marido pueda reconciliarse con él. Sin embargo, estos dos términos se utilizan de forma privilegiada para designar la reconciliación de los hombres con Dios realizada por la muerte de Cristo. San Pablo escribe en Rom 5, 10: "Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida". La reconciliación se relaciona con la salvación, pero en esta época del pensamiento de Pablo la salvación designa sobre todo la resurrección futura de los hombres adquirida para todos por la resurrección de Cristo, mientras que la reconciliación es una realidad accesible al presente: ya ahora estamos llamados a vivir reconciliados con Dios. En otras palabras, la reconciliación es la salvación no manifestada aún totalmente en nuestra carne mortal,

pero actuando ya en el hecho de que podemos desde ahora morir al pecado y vivir de la gracia. En este sentido es como Pablo puede escribir: "¡Ahora es el tiempo favorable; ahora el tiempo de salvación!" (2 Cor 6, 2).

Evidentemente, todo esto es muy teórico. La redención es uno de los sectores más delicados de la teología cristiana y no es sorprendente que un hombre tan especulativo como Pablo desconcierte a sus lectores con la sutilidad de sus razonamientos. Sin embargo, por encima de las formulaciones, se trata para él de una realidad perfectamente vivida, ya que acepta dar su vida por ella. Lo que aquí afirma no es muy diferente de lo que escribía unos meses antes en la primera carta a los corintios: "No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado" (1 Cor 2, 2). La cruz de Cristo y sus efectos sobre el mundo son la novedad radical del cristianismo, sobre la que reposa nuestra fe y por la que es transformada toda nuestra vida. Ser ministro de la reconciliación que ella realiza, ¿no es la tarea más hermosa a la que puede entregarse un hombre?

8. Conclusión (6, 11-13 Y 7, 2-4)

Se les ha dicho ya todo a los corintios rebeldes, al menos todo lo que puede llevarles a descubrir la autenticidad del ministerio de Pablo: ministerio de la justicia, ministerio del espíritu, ministerio de la reconciliación; el apóstol ha cumplido con su misión en la fidelidad a su Señor. En efecto, si la fuerza del resucitado no hubiera sido activa en él para sostener su debilidad, hace ya tiempo que se habría hundido.

Pablo se ha entregado, gastado, descubierto, abierto a sus destinatarios con toda confianza. Y cuando ha hecho teología -pues no puede librarse de hacerla-, era una teología personalizada donde se tenía en cuenta a todo el hombre, incluidos sus sentimientos. El itinerario acaba en 2 Cor 7, 4 con una nota de alegría, dado que es verdad, como dice una frase de Cristo citada por san Pablo en los Hechos de los apóstoles (20,35), que "hay mayor felicidad en dar que en recibir".

"DIOS LO HA HECHO PECADO"

"A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Cor 5, 21).

El pasaje sobre el ministerio de la reconciliación contiene este difícil versículo en medio de un corte bastante abrupto: "Dios lo ha hecho pecado". ¿Cuál es el sentido de esta afirmación?

Dado el contexto de la "muerte por todos" que dirige toda esta exposición, es evidente que ese "Dios lo ha hecho pecado" alude a la muerte de Cristo en la cruz y que cualquier otra interpretación sería una *exégesis* inexacta, que buscaría el sentido de una frase aislándola del contexto en el que se encuentra. Por su muerte en la cruz, Cristo ha podido "hacerse pecado" en un doble sentido que desarrollan otras dos cartas contemporáneas, a los romanos y a los gálatas.

Según Gál 3, 13, que cita libremente a Dt 21, 23: "Maldito todo el

que está colgado de un madero", Jesús pudo ser hecho pecado en cuanto que con su muerte cayó en una maldición a los ojos de la ley judía.

Según Rom 8, 3, Jesús se ofreció "en sacrificio por el pecado". Es la víctima del sacrificio por el que los judíos se reconciliaban con Dios después de una ofensa: el sacrificio restablece el vínculo que el pecado ha roto entre Dios y el pecador. Esto no implica ni mucho menos que se haya manchado con los pecados de los hombres: en el ritual del Antiguo Testamento de sacrificio por el pecado, la víctima sigue siendo "muy santa" (cf. Lev 6, 22), esto es, sin contacto alguno con un pecado que la ensuciaría.

Es en el rito del chivo expiatorio (Lev 16) donde el animal se cargaba con los pecados del pueblo y había que llevarlo a la soledad del desierto. Pero Pablo no alude a él en ninguna parte a propósito de Cristo.

el **ADVERTENCIA FRENTE A LOS INFIELES** (6, 14-7, 1)

Este paréntesis desconfiado interrumpe inesperadamente el itinerario precedente en sus conclusiones, en el mismo momento en que Pablo se abría a los corintios y daba a sus palabras un último tono de confianza.

Muchos exegetas *ven* aquí un trozo que existía independientemente y que se insertó aquí por casualidad en las ediciones antiguas; quizá se trata de un fragmento de la carta A, en la que según 1 Cor 5, 9 se hablaba de "no relacionarse con los inmorales"; o quizá de un texto no paulino escrito por algún cristiano relacionado con los esenios de Qumran (el término Beliar [6, 15] utilizado para designar al demonio es único en el *Nuevo Testamento*, pero aparece en Qumran y en otros escritos apócrifos judíos).

También cabe pensar que este pasaje está en su lugar y que, en el momento en que Pablo abre su corazón, se echa en seguida para atrás a fin de *evitar* que los corintios se aprovechen abusivamente de su cariño.

Los v. 16 a 18 son interesantes en el plano de la exégesis: son una recopilación de oráculos proféticos del Antiguo Testamento, curiosamente relacionados unos con otros y que no encontramos nunca agrupados de este modo en la biblia. El autor utiliza sin duda una colección de citas, tal como existía al comienzo de la iglesia, para sostener la palabra de los predicadores.

Dejando aparte esta curiosidad, el conjunto del pasaje no es más que una *advertencia* complicada sin mucho interés. Incluso resulta un tanto decepcionante, ya que interrumpe una de las más hermosas expansiones de san Pablo.

2 Cor 8-13 Colecta y apología

Después de los 7 primeros capítulos que forman un todo, aun cuando sea necesario trazar en él varios itinerarios para resolver su complejidad, la segunda carta a los corintios no es lo que podría llamarse una obra continua.

Los c. 8 y 9 tratan del mismo tema: la colecta que Pablo organizó en las iglesias que había fundado para ayudar económicamente a la comunidad madre de Jerusalén; sin embargo, no parecen tener ningún vínculo entre sí y pudieron ser enviados en diversas circunstancias. En 1 Cor 16, 1-4, Pablo toca igualmente esta cuestión. Volveremos sobre ella en la cuarta parte de este cuaderno.

Los c. 10 al 13 resultan sorprendentes después de las dos notas sobre la colecta; empiezan de una forma abrupta: "Yo mismo, Pablo...". Quizá tampoco guarden relación con el comienzo de la carta. Pero, a diferencia de los 2 capítulos precedentes, están bien ligados entre sí. El bloque que constituyen ha sido designado a veces con una palabra cómoda: *Apología de Pablo*.

No se llega a comprender cómo este bloque pudo ser enviado al mismo tiempo que los primeros capítulos: la confianza serena con que éstos acaban, una vez que han encontrado una feliz salida los conflictos mencionados, no está en consonancia con la cólera difícilmente contenida que se observa a través de toda la "apología". Se ha propuesto la hipótesis de que se trataba de la carta C, escrita con lágrimas, de la que se habla en 2 Cor 2, 1-9 y 7,8-22. Es una sugerencia bastante seductora; pero en este terreno de la crítica literaria es imposible llegar a la certeza.

Son justamente célebres algunos de sus pasajes:

- la falta de seguridad de Pablo en sus palabras, debilidad que recupera por la violencia de sus escritos (10, 9-11; 11, 6);
- la letanía de los peligros que tuvo que pasar en su existencia tan accidentada de apóstol (11, 22-28);

- la alusión a un éxtasis místico, sin duda distinto del episodio del camino de Damasco, pero igualmente decisivo para su vida (12, 2-7);
- el famoso "aguijón de la carne" (12, 7), sobre el que se han formulado las más curiosas hipótesis: enfermedades diversas, físicas o psicológicas... Quizá no se trata en definitiva más que de los fracasos con que Pablo tropezó en su ministerio y que serían una invitación continua a la humildad.

Esta apología es más para **meditar** que para explicar. El lector vivirá en ella el mejor encuentro posible con Pablo encolerizado, de la misma manera que la carta a los filipenses permite descubrir las confidencias de Pablo radiante de alegría. Pero, en definitiva, la cólera y la alegría no están tan lejos una de otra. Es lo que nos dan a entender precisamente los últimos versículos de la carta (2 Cor 13, 11-13).

TEMAS CORINTIOS

El avance en el *texto* nos ha permitido cierta familiarización con las dos cartas. Vemos cómo están hechas. Podemos decir que las comprendemos lo mismo que se comprende el relieve de una región o la maqueta de una catedral. Pero en el camino hemos ido dejando de lado ciertos capítulos, cuya lectura inme-

diata no parecía necesaria para la comprensión del conjunto; no tenían un vínculo preciso con lo demás y podían ser estudiados por sí mismos. En el recorrido anterior era importante saber que existían. Vamos a detenernos ahora en ellos más ampliamente para descubrir su contenido.

1 Cor 5, 1-11, 1

Reglas de moral y de disciplina en la primera carta a los corintios

Cinco de los capítulos de la primera carta a los corintios son normas de comportamiento dadas por Pablo en respuesta a unas cuantas situaciones de la iglesia que planteaban problemas a aquella cristiandad. Unas veces le había informado de ellas el rumor público (cf. 5, 1); otras eran los propios corintios los que le pedían consejo, al no saber cómo compaginar su conducta con la nueva fe; en 1 Cor 7, 1, se nos dice que se preocuparon de escribirle y, por tanto, que la parte inmediatamente siguiente de la carta es la respuesta a sus preguntas.

Se tocan especialmente tres temas, aunque en el primero se agrupan dos cuestiones distintas:

- c. 5 y 6: escándalos causados por la inmoralidad de un cristiano y la apelación a los tribunales paganos.

- c. 7: matrimonio y celibato.
- c. 8 al 10: conducta referente a la carne inmolada a los ídolos.

Estas cuestiones están muy marcadas, como es lógico, por la cultura ambiental y cabe preguntarse en qué nos interesan hoy nosotros. Algunas ya ni siquiera se plantean y otras reciben de san Pablo una solución que nos hace sonreír, pensando en la diferencia entre nuestro mundo y el mundo mediterráneo del siglo I. No hay nada que envejezca tan pronto como esta clase de ideas y podemos sentir la tentación de no ver aquí más que un mero interés histórico.

Pero estas preguntas van muy lejos; es toda la moral cristiana la que está en discusión, en la medida en que las reglas morales han sido dictadas siempre en un pasado próximo o lejano y en que, consiguientemente, están ina-

daptadas en parte a la situación presente. Lo que es cierto para las reglas de comportamiento que se remontan al siglo pasado, lo es con mayor razón para los consejos dados por san Pablo, por muy san Pablo que sea.

Sin embargo, parece un poco rígido relegar a priori la moral cristiana al desván de las cosas accesorias. Es evidente que sus palabras sobre las mujeres, por ejemplo, han nacido en una civilización claramente misógina y que no es posible aplicarlas hoy al pie de la letra; pero lo que nos interesa es precisamente esa relación entre la cultura de la época y las soluciones aportadas. De las normas dadas por san Pablo se desprende un espíritu alimentado en toda su santidad personal, que puede ser auténticamente cristiano y que vale la pena recoger.

"La cuestión de si existen o no leyes de moral cristiana, tan actual hoy, no es por otro lado extraña a san Pablo; y parece ser que es una cuestión de todos los tiempos. Pablo responde a ella a su manera.

Después de haber examinado por separado las diversas cuestiones que trata y las soluciones que propone, será conveniente volver hacia atrás para considerar sintéticamente el espíritu que anima a sus respuestas y cómo se sitúa Pablo respecto a las leyes religiosas.

a) **UN CASO DE INCESTO. APELACION A LOS TRIBUNALES PAGANOS** (1 Cor 5-6)

Estos dos capítulos están contruidos de forma muy curiosa. Empiezan evocando una situación escandalosa, el caso de un creyente que vivía (se sobrentiende, en concubinato) con su suegra (ver c.5). Al comienzo del c. 6, Pablo toca otra cuestión que no parece guardar ninguna relación con la anterior: el hecho de que los hermanos de la comunidad acudían a pedir justicia a los tribunales de la administración imperial (6, 1-12). Después, vuelve a la moral sexual, sin que se sepa si continúa su reflexión a partir del caso de incesto mencionado anteriormente o si se mete en consideraciones más generales: el libertinaje corintio, célebre en todo el mundo antiguo, tocaba también sin duda a la comunidad cristiana y unos cuantos consejos sobre el respeto al propio cuerpo no podían venir mal a nadie (6, 13-20),

Esta disposición reproduce aparentemente el modelo de las estructuras en quiasmo Que ya hemos encontrado en otros lugares (del tipo A-B-A').

En cuanto a las soluciones propuestas por Pablo en el curso de estos dos capítulos, denotan una concepción aparentemente bastante purista de la vida eclesial.

Un miembro de la comunidad vivía con "la mujer de su padre": expresión ambigua que podría ser un eufemismo para designar a su propia madre, con lo que el incesto denunciado sería especialmente odioso. Pero no se trata de eso; el libro del Levítico (18, 7-8) condena las relaciones incestuosas distinguiendo muy bien, en dos versículos sucesivos, entre "tu madre" y "la mujer de tu padre", esto es, tu suegra. La expresión empleada por san Pablo recoge al pie de la letra la del Antiguo Testamento, y designa por tanto a la suegra del interesado, después de haber vuelto a casarse su padre. Es algo no tan grave, pero esa unión estaba prohibida tanto por la legislación como por el derecho romano, aunque algunos rabinos de los comienzos de nuestra era la toleraban para judíos de origen pagano. San Pablo, por su parte, se muestra radical; una cita del Deuteronomio concluye su veredicto: "¡Arrojad de entre vosotros al malvado!" (1 Cor 5, 13; cf. Dt 17, 7).

Su respuesta, no obstante, se debe a las circunstancias. Las consignas que da no consisten en "salir del mundo" (5, 10), guardándose de todo trato perverso; no tenemos por qué juzgar a los demás o seguir un fariseísmo estrecho. ¡No! Se trata de no tolerar en el seno de la comunidad cristiana a una persona de conducta escandalosa. San Pablo no da las razones que tiene para mandar esto, pero son razones evidentes: la iglesia de Corinto es demasiado joven, demasiado frágil para permitirse semejantes debilidades; pronto se vería invadida por el laxismo; hay que ser tanto más exigentes con los cristianos cuanto que son una minoría ínfima y está siempre acechando el peligro de diluirse en una sociedad de costumbres ligeras.

Estamos tocando aquí una cuerda muy sensible a las mentalidades contemporáneas. Todos conocemos a gentes que la iglesia aparta de su "comunidad" porque viven en condiciones matrimoniales no conformes con su ley; en algunos casos se trata de situaciones ^{vi} ~~idias muy~~ dolorosamente, En la medida en que san P ^{lo} ~~apoya esta~~ exclusión, cabe preguntarse legitimam ^{si} ~~sus conse~~ jos no corren el peligro de bloquear ^{la} ~~voluntad~~ de la postura católica.

Esta preocupación plantea en concreto ^{la} ~~la~~ cuestión de las reglas morales que se pueden deducir de las cartas del Nuevo Testamento. No es de la competencia de un

bibliста decir si la iglesia del siglo XX tiene o no razón para admitir a los divorciados que se han vuelto a casar a que reciban los sacramentos, pero es importante afirmar que una moral cristiana para hoy no tiene necesariamente que aplicar al pie de la letra las soluciones propuestas en la antigüedad; eso no sería mantener la fidelidad al espíritu del texto.

La iglesia de Corinto era joven y minoritaria; la situación de la Europa occidental de nuestros días es muy distinta; y esta diferencia debe tenerse en cuenta en la interpretación que podemos hacer del texto paulina.

Estos mismos principios exegéticos entran en juego para la cuestión que toca luego san Pablo, la de los procesos que tienen entre sí los cristianos. Los corintios eran por lo visto muy amigos de litigios; su conversión al cristianismo no les había transformado de la noche a la mañana y seguían acudiendo a los tribunales romanos, lo cual debería permitir a los jueces hablar con ironía de la agresividad de los campeones del amor fraterno. Apenado por este antitestimonio, Pablo les aconseja que arreglen sus conflictos amigablemente sin llevarlos ante los magistrados. Tiene incluso en esta ocasión palabras bastante despreciativas para los funcionarios imperiales (6, 4), que hemos de atribuir a su pasión momentánea y matizar con lo que dice de la sumisión a las autoridades civiles (Rom 13, 1-7). También aquí hemos de intentar ponernos en su lugar de apóstol escandalizado por la falta de caridad entre los hermanos, más bien que aplicar sus consignas al pie de la letra. Deducir de este texto que un cristiano sólo puede ser juzgado por otro cristiano sería una generalización injustificada de sus ideas.

Volviendo finalmente a las cuestiones de moral sexual, Pablo termina el c. 6 con un consejo sobre el respeto que el creyente debe a su cuerpo: el cuerpo es "para el Señor" (v. 13), está destinado a la resurrección (v. 14), "miembro de Cristo" (v. 15): títulos de nobleza que le merecen cierta veneración. La unión sexual era considerada en la tradición bíblica como sumamente comprometedora para quienes la efectuaban, hasta el punto de que los dos que se unían no formaban más que una sola carne (cf. Gén 2, 24, citado en 1 Cor 6, 16). De ahí las afirmaciones de Pablo, que refuerzan el juicio dado contra el incestuoso del c. 5, el cual, por vivir con su suegra, mantenía relaciones conyugales con una mujer que era ya, por su matrimonio con el padre del interesado, su propia carne.

En lenguaje contemporáneo diríamos que, en el curso de estos dos capítulos, san Pablo se muestra más bien represivo: exclusión del incestuoso, prohibición de intentar procesos ante el tribunal pagano, prohibiciones sexuales... Todo esto contribuye a forjar un retrato de san Pablo rigorista y favorable a unas comunidades cristianas cuidadosamente protegidas. Es verdad que, ante las situaciones que aquí denuncia, sus ideas pueden parecer bastante estrechas, pero hemos de evitar formular sobre él juicios categóricos basados en dos capítulos que recogen unos consejos de circunstancias. Y resulta muy difícil apreciar esas circunstancias, con lo que no nos es posible situarnos en lugar del apóstol.

En las exposiciones precedentes aparece por dos veces una pequeña frase, que parece tener un sentido más abierto: "Todo me es lícito" (6, 12). Por la forma con que se pronuncia, parece claro que es del mismo Pablo y que los corintios se valían de ella para hacer lo que les venía bien. Es verdad que va seguida de un "pero" que reduce inmediatamente su contenido; sin embargo, parece ser una de esas frases clave del comportamiento moral según san Pablo. Hemos de matizar ciertamente el rigorismo paulina que podría deducirse de estos dos capítulos; nos confirmará en esta *idea* el estudio *siguiente*.

b) MATRIMONIO Y CELIBATO (1 Cor 7)

El capítulo 7 de la primera carta a los corintios es una respuesta: "En cuanto a lo que me habéis escrito...". Tratándose de moral sexual y conyugal, empieza valientemente con una afirmación sorprendente: "Bien le está al hombre abstenerse de mujer" (7, 1). Esto no es falso en ciertas condiciones y Pablo se encargará de indicar estas condiciones en los párrafos siguientes; sin embargo, es éste un preámbulo lapidario bastante descorazonador.

No obstante, todavía queda una duda. Los manuscritos antiguos no tenían una puntuación tan concreta como la nuestra y resulta difícil señalar cómo se unen entre sí las dos partes de este primer versículo. ¿Habrá que comprender que los corintios escribieron a Pablo que es bueno para el hombre abstenerse de la mujer? En ese caso, Pablo estaría citando su carta, para dar a continuación su respuesta al comienzo del versículo 2. ¿O acaso esta norma es el comienzo de la respuesta de Pablo? El texto griego permite las dos posibilidades y la opción de los

lectores corre muy bien el peligro de hacerse según la simpatía o la antipatía que sientan por san Pablo...

Además de este comienzo de interpretación discutible, el capítulo entero es una serie de consejos entre los que nos movemos con dificultad, ya que están dados sin orden, a medida que se los va dictando al escritor la diversidad de las situaciones.

Es incierta la interpretación de algunas frases; las notas de las biblias modernas ofrecen en general las diferentes posibilidades y se detienen en alguna de las opciones más probables. Lo más interesante para un lector del siglo XX no es, sin embargo, detenerse detalladamente en cada una de las consignas que se dan, sino intentar una primera síntesis del espíritu que anima a las respuestas de Pablo frente a la situación concreta de los cristianos a quienes se dirigía.

Después de recordar que, por una parte, la civilización antigua es francamente misógina y que este ambiente influye inevitablemente en las palabras de Pablo y que, por otra parte, la mayoría de las cuestiones planteadas

son consecuencia de la conversión de los corintios (situación sensiblemente distinta a la nuestra), podemos agrupar las normas dadas por san Pablo en unos cuantos principios generales.

1. El celibato es una situación buena

Esta afirmación de san Pablo resulta revolucionaria respecto a la ley mosaica. No cabe duda de que el mismo Pablo había estado casado antes de su adhesión a Jesucristo, como debía estarlo todo rabino. Luego, bien por haber enviudado o por vivir separado de su mujer, empezó a vivir como célibe. En el texto de la primera carta a los corintios se esfuerza activamente en resaltar el valor de este estado.

No siempre se percibe bien lo que quieren decir las razones que ofrece. En 1 Cor 7, 26, habla de "la inminente necesidad"; en el v. 28, dice que todos los que se casen "tendrán su tribulación en la carne". Se trata sin

EL PRIVILEGIO PAULINO

1 Cor 7, 12-16 sirve de base a una disposición muy especial del derecho eclesiástico, que tiene su fuente en el texto de Pablo y que por esta razón se llama "privilegio paulino". Podemos resumirlo de esta forma.

Dos personas no bautizadas que contraen matrimonio ante la autoridad civil o ante la autoridad religiosa no-cristiana son consideradas por la iglesia como casadas válidamente (como ninguna de las dos están bautizadas, no pueden evidentemente contraer un matrimonio cristiano). Puede suceder que uno de los esposos se convierta y pida el bautismo en la iglesia católica; si, después de esta opción, la parte no católica se niega a cohabitar en paz con la parte convertida y le presenta muchas dificultades para impedirle que viva su fe, la iglesia le reconoce entonces a la parte cristiana el derecho a cesar en la cohabitación y a contraer incluso un nuevo matrimonio, con tal de que lo haga con una persona bautizada. De esta forma, el primer

matrimonio queda anulado por la iglesia en beneficio de la fe del nuevo convertido.

Es uno de los casos poco numerosos en que la iglesia reconoce su derecho a anular un matrimonio considerado como válido. La mayoría de los casos que llamamos impropriamente "anulaciones" son de hecho "reconocimientos de nulidad", después de la investigación hecha por los tribunales donde se demuestra que, a pesar de las apariencias, un matrimonio que parecía efectivo no había existido nunca válidamente, por falta de libertad en uno de los cónyuges o por otros motivos...

Aunque se apoya en la primera carta a los corintios, el derecho de la iglesia parece efectivamente más amplio que el texto de san Pablo. En el caso antes descrito, Pablo reconoce a los esposos el derecho a separarse (7, 15), pero el término que utiliza, empleado también en el versículo 11, no parece autorizar un nuevo matrimonio.

duda de las dificultades familiares que la conversión al cristianismo les podría acarrear, dado que el otro cónyuge no siempre se convertiría al mismo tiempo; la oposición continua de un esposo o de una esposa no creyente tenía que ser un serio obstáculo para vivir la fe. Un poco más adelante, en el v. 29, aparece otro tema: "el tiempo es corto". Los cristianos de la primera generación estaban convencidos de que estaban viviendo la última generación del mundo presente, ya que se preveía cercana la vuelta triunfal de Cristo; es éste evidentemente el convencimiento de Pablo por los años 50 a 55. A medida que el tiempo pasaba, se fue modificando su actitud, pero nunca abandonará la idea de que toda la vida del cristiano tiene que estar consagrada a Cristo.

En detalle, la forma con que propone que se viva la continencia parece ser de un radicalismo a ultranza: dos novios que han descubierto al Señor después de haberse prometido mutuamente, ¿obrarían realmente mejor si renunciaban a sus proyectos iniciales, como afirma Pablo en los v. 36-38? No es tan evidente. Pero globalmente la afirmación del valor del celibato es una apertura clara respecto a la legislación judía de aquella época. Se ponía tanto el acento en la fecundidad carnal, que la vida en continencia sexual era inconcebible, a no ser en casos excepcionales como el del profeta Jeremías. Siguiendo a Jesús, que afirmaba la legitimidad del celibato con vistas al reino (cf. Mt 19, 12), Pablo rechaza esta visión totalitaria, convirtiéndose así en campeón de una gran libertad.

2. Sin embargo, a veces "el que quiere hacer de ángel, hace de bestia"

Si las preferencias de Pablo van claramente hacia el celibato o hacia la continencia, se muestra sin embargo realista: los novios que se convierten (7, 36-38), los célibes (7, 8-9.28) y los viudos (7, 39-40) pueden casarse. Más aún, el marido y la mujer no deben negarse el uno al otro con el pretexto de un ascetismo o de una pureza mal comprendida, a no ser de común acuerdo y por un tiempo limitado (7, 2-5). Debía haber en Corinto algunos atletas de la continencia cuyo rigor resultaba una frustración para sus cónyuges y un desequilibrio para ellos mismos. Reaccionando contra estos excesos, Pablo demuestra tener sentido común.

3. "Que cada cual viva tal como le halló la llamada de Dios"

Este principio, enunciado por primera vez en el versículo 17 y repetido más tarde (v. 20, 24 y 27), es interesante porque supone toda una concepción de la fe. Lo esencial para quien lo ha descubierto es la adhesión a Cristo, y no una condición determinada de vida, matrimonio o celibato, circuncisión o incircuncisión (7, 18-19), esclavitud o libertad (7,21-23). De todas formas, el cristiano de condición libre es esclavo de Cristo y el cristiano en situación de esclavitud es un liberto de Cristo (7, 22). La adhesión a Jesucristo provoca una transformación tan completa que es inútil conceder demasiada importancia a los valores humanos. Pablo relativiza hasta el extremo todo lo que tiene importancia para muchos hombres, para provocar una adhesión total a Cristo, sin reserva alguna y subordinándolo todo a él (7,29-35). Nos encontramos aquí, aplicada a la vida cotidiana, una inversión análoga a la que se desarrolló al comienzo de la carta a propósito de la sabiduría del mundo y de la locura de la cruz (1, 18-25).

Estos tres principios estructuran el conjunto de las normas dadas a través de todo el c. 7. Destacadas de esta forma, nos permiten llegar a una mejor comprensión del texto.

Antes de terminar este pasaje, es sin embargo necesario hacer dos observaciones.

La primera consiste en subrayar la reciprocidad de las funciones del varón y de la mujer en lo que dice san Pablo de ellos. Varias veces se ha denunciado el antifeminismo de los textos paulinos. Negarlo pura y simplemente sería un intento desesperado. Pero un pasaje como el c. 7 de la primera carta a los corintios puede ayudarnos a matizar sus impresiones. En todo lo que dice de las relaciones hombre-mujer, san Pablo trata a los dos cónyuges de forma rigurosamente simétrica, lo cual demostraría que su famosa misoginia se debería más bien al clima ambiental que a sus convicciones personales. Es algo difícil de apreciar, pero no es imposible que a los ojos de sus contemporáneos Pablo haya pasado, a través de unas palabras como éstas, por ser un decidido feminista.

La segunda observación se refiere a la autoridad con que presenta Pablo las consignas que da. En varias ocasiones toma precauciones oratorias para decir claramente en qué nivel se sitúa. En el v. 10, indica que no habla en nombre propio, sino en nombre del Señor; y emplea

una palabra enérgica: "Yo ordeno". Es a propósito de la indisolubilidad del matrimonio. Su postura es la misma que tomó Jesús sobre este mismo tema en los evangelios (d. Mc 10, 9-12 Y paralelos). Está claro que Pablo se borra detrás de la palabra del maestro y que la presenta como una orden absoluta. En otros casos, tiene conciencia de que da sólo un aviso personal y las formulaciones son mucho más dúctiles: "Digo yo, no el Señor", indica en el versículo 12 a propósito de lo que se llama el "privilegio paulina". Lo mismo hace en el v. 25 y, al final del capítulo, en el v. 40. La responsabilidad del cristiano no se compromete del mismo modo según la autoridad de la palabra que se pronuncia. Cuando se trata de un precepto de Jesús, es una orden imperativa. Por el contrario, cuando el apóstol habla en su propio nombre, lo hace desde luego en serio, como "quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito" (7, 25), pero se trata sólo de un consejo ante el cual los destinatarios gozan de cierto margen de libertad. Esta distinción es muy importante para el que quiera concretar cuáles son las fuentes de la moral paulina.

el LA CARNE SACRIFICADA A LOS IOOLOS

(1 Cor 8, 1-11, 1)

Las primeras frases del c. 8 demuestran que la larga exposición sobre las carnes sacrificadas a los ídolos o "idolotitos" (palabra de origen griego) es también una respuesta a una cuestión planteada por los corintios. Es fácil de comprender que la comunidad local haya tenido dudas sobre el comportamiento que había que seguir en esta materia.

En la mayoría de las ciudades del imperio romano, los templos eran los principales mataderos. Se les ofrecían a los dioses las cabezas de los animales que se inmolaban en aquel lugar: muchas veces se quemaba una parte del animal, otra les correspondía a los sacerdotes, ya que los detalles variaban de un culto a otro; pero generalmente sobraba carne que volvía a vender el personal del templo; la llevaban a vender al mercado, a no ser que la consumieran directamente en las dependencias del templo. Por consiguiente, los ciudadanos tenían múltiples ocasiones para comer de ella.

Pues bien, para los cristianos esto no dejaba de plantear problemas: obrar como todo el mundo equivalía en cierto modo a comprometerse con los cultos idólatras;

abstenerse de consumir carne procedente de los templos era rechazar muchas invitaciones a comer y acabar más pronto o más tarde viviendo en una especie de ghetto.

Evidentemente, hoy no se plantea este mismo problema, a no ser quizá en algunas jóvenes iglesias del tercer mundo. Pero, por encima de la materialidad de los hechos, muchas cuestiones análogas siguen planteándose a los cristianos por el hecho de que la sociedad en que viven no es uniformemente cristiana. Hace algunos años se ilustraba con frecuencia este pasaje de san Pablo con un ejemplo también alimenticio: los católicos invitados a comer los viernes, ¿podían aceptar el plato de carne que les ofrecía su comensal? ¡Una comparación bastante superficial! Hoy no nos fijamos tanto en estos detalles. De todas formas, la vida moderna provoca situaciones bastante ambiguas; por ejemplo, ¿puede un cristiano militar en un partido de ideología materialista o votar en favor de una ley en desacuerdo con la iglesia? Más en general, ¿hasta dónde le es lícito comprometerse? Su fe pone siempre al creyente en cierto número de situaciones falsas. Esto era cierto en la antigüedad y lo sigue siendo ahora. Por eso, las soluciones que Pablo presenta para los problemas de su tiempo pueden ayudarnos a encontrar nuestras propias respuestas.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Estudiar el texto, párrafo por párrafo, examinando en cada ocasión las soluciones propuestas por san Pablo y los argumentos en que se basa.
- en el c. 8, Pablo concede al creyente amplios derechos, en los que la única limitación es la caridad fraterna;
- el c. 9 es una, ilustración del anterior por medio de la conducta personal de Pablo: hay que saber renunciar a sus propios derechos;
- en 10, 1-13, el ejemplo de Israel en el desierto sirve de apoyo a una afirmación clave: "el que crea estar en pie, mire no caiga" (10, 12):
— los consejos que da en 10, 14-22 parecen más restrictivos que los del capítulo 8; ¿qué pensar de esta diferencia?;

- finalmente, en 10, 23-11, 1 se sacan las consecuencias prácticas de las reflexiones precedentes con ayuda del principio ya mencionado: "todo es lícito".

- Reflexionar (solo o en grupo) sobre el texto.
- ¿Qué pensar de la forma con que Pablo renunció a sus derechos frente a los corintios (c. 9)?
- ¿Qué pensar de los argumentos propuestos para apoyar las soluciones del problema planteado (c. 8 y 10, 4-33)?
- ¿Qué pensar de la forma con que Pablo intenta conciliar la libertad y la caridad?

d) VUELTA A LOS PRINCIPIOS DE LA MORAL PAULINA

Los capítulos 5 al 10 de la primera carta a los corintios están consagrados a cuestiones demasiado particulares para que puedan constituir el esbozo de un código de moral. Aunque se completan unos con otros, sólo se obtendrá una agrupación de consejos circunstanciales.

Sin embargo, como Pablo tiene la honradez de explicar el porqué de las cosas, es posible ver cómo ha llegado a las soluciones que propone, con lo que podemos descubrir los resortes principales de la moral paulina. Con la ayuda de la carta a los romanos, más construida que las cartas a los corintios y contemporánea a las mismas, es posible subrayar algunos principios de comportamiento y ver sobre todo si Pablo admite o rechaza la noción de ley moral.

En dos ocasiones hemos puesto de relieve un principio que Pablo no discute en ningún lugar, aun cuando compense sus efectos con consideraciones complementarias: "Todo es lícito" (6, 12; 10, 23). ¿Qué significa esta afirmación?

La carta a los romanos nos ayuda a encontrar la respuesta: "Mas, al presente, hemos quedado emancipados de la ley, muertos a aquello que nos tenía aprisionados, de modo que sirvamos con un espíritu nuevo y no con la letra vieja" (Rom 7, 6). San Pablo razona como judío, educado en el respeto a la ley mosaica codificada en 613 preceptos por los rabinos, preceptos que los israelitas piadosos se esfuerzan en cumplir minuciosamente. Gracias a la fidelidad a esta observancia, es como los judíos se hacen agradables a Dios y piensan que consiguen la

salvación. Sin embargo, opina Pablo, por la muerte y resurrección de Jesús ha caducado esta situación: "No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom 6, 14). La salvación o "justificación" no es ya el fruto de una observancia legal, por muy fiel que sea; es un don gratuito adquirido para nosotros por Jesús y del que participa el hombre por su fe en Jesucristo.

Habría que leer todo el comienzo de la carta a los romanos para ver cómo Pablo llega a estas conclusiones. En resumen, podemos decir que su polémica contra la ley se articula en torno a dos ideas principales:

- la ley no puede aplicarse en detalle; por eso pone al hombre en una situación de pecado inevitable;
- la ley es fuente de orgullo; el que la observa tiene la impresión de que construye él mismo su salvación, olvidándose de que es un don gratuito de Dios.

Por sus imperfecciones, la ley estaba llamada a ser superada. Con Jesucristo se ha llevado a cabo esta superación; el cristiano ha quedado libre de la ley.

En la carta a los romanos la ley de que se trata es ante todo la ley judía. ¿Es posible ir más lejos y afirmar que el cristiano ha quedado libre de toda ley? ¡Sí, sin duda alguna! Porque si nosotros, cristianos del siglo XX, establecemos una distinción entre la ley judía, que muchas veces escribimos con "L" mayúscula, y las otras leyes morales, no lo hace así san Pablo. La ley judía, en la que él fue acunado, es el tipo mismo de toda ley religiosa; y cuando proclama que ha caducado el régimen de la ley, declara realmente que ha caducado toda religión de inspiración legal para dejar sitio a la adhesión a una persona: "Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley" (Rom 3, 28). Esta frase no tendría ningún sentido si la ley de Moisés quedara sustituida por cualquier otra.

Fundamentalmente, para san Pablo el cristiano es un "fuera de ley"; el cristianismo no tiene nada que ver con una religión de permisos y de prohibiciones. Ese es el sentido de la afirmación que fundamenta toda su moral: "Todo es lícito". Ninguna ley religiosa puede situarse en el mismo plano que la adhesión de fe en Jesucristo; es la fe lo que le permite al creyente acoger la salvación.

y una vez dicho esto, que no hay que perder de vista, hay un "pero". "Todo es lícito, pero..... Porque esta libertad fundamental tiene sus límites: no unas limitaciones

que le vengan de fuera, sino unas fronteras que ella misma se impone por fidelidad a sí misma, Y ese "pero" tiene un doble aspecto.

Su primer aspecto consiste en prohibirle al cristiano todo lo que podría hacerle caer de nuevo en la esclavitud. "Todo me es lícito, mas no todo me conviene. Todo me es lícito, mas no me dejaré dominar por nada" (6, 12). "Todo es lícito, mas no todo es conveniente" (10, 23). Obrar de cualquier manera es exponerse a recaer en la esclavitud de las pasiones, del egoísmo; no hay más libertad verdadera que la libertad del amor. La expresión "libertad del amor" no se encuentra en san Pablo; es de san Agustín que, en este punto como en otros muchos, debe no poco a san Pablo. Agustín recoge por su cuenta el "todo me es lícito" y lo expresa en una fórmula sintética que es uno de los programas más hermosos de vida cristiana: "Ama y haz lo que quieras".

El segundo aspecto del "pero" se refiere al evangelio. Los evangelios no estaban todavía redactados cuando se escribían las cartas a los corintios, pero circulaban ya ciertas palabras del Señor por las comunidades cristianas en fragmentos escritos o por tradición oral. Y para Pablo está claro que los mandamientos dictados por

Jesús tenían fuerza de ley. Sería una odiosa hipocresía apelar a la fe en Jesús sin tener en cuenta sus palabras. Nos damos perfecta cuenta de ello a través del capítulo 7: generalmente, Pablo compromete únicamente su propia autoridad en los consejos que da; pero, a propósito de la indisolubilidad del matrimonio, se refiere a un precepto de Jesús que es entonces para todo cristiano una ley indiscutible (7, 10); sin eso, será absurdo pretender que uno pertenece a Cristo.

El principio fundamental "todo me es lícito" y los dos corolarios que lo delimitan son, al parecer, un buen resumen de la moral paulina. Por eso mismo, a la cuestión que se quería plantear a Pablo de si existen o no para el cristiano leyes religiosas, el texto de la primera carta a los corintios da una respuesta matizada: fundamentalmente no. El cristianismo no se basa en unas cuantas leyes, y todos los que quieran poner el reglamento por encima de la adhesión a Cristo están traicionando el espíritu de su religión. Sin embargo, por una parte las órdenes dictadas por Jesús son reglas absolutas, y, por otra parte, la libertad cristiana tiene que ir creciendo, edificándose, construyéndose. Porque la fe en Jesús no es una noción intelectual, sino una adhesión que compromete a toda la persona hasta el más pequeño de sus gestos.

1 Cor 11, 2-14, 40

La asamblea cristiana

La agrupación de estos cuatro capítulos bajo un solo título es artificial. De hecho, Pablo trata de tres cuestiones distintas, introduciendo cada una de ellas sin ninguna relación con la anterior. Pero como cada una de las tres se refiere a las reuniones de la comunidad cristiana, se ha tomado la costumbre de considerarlas como un solo bloque. De esta forma, se evita una presentación de la carta demasiado cortada.

a) **EL HOMBRE Y LA MUJER EN LAS ASAMBLEAS** (1 Cor 11,2-16)

Este pequeño párrafo es casi un trozo antológico que nos permite cierta ironía sobre los consejos de san Pablo.

La urbanidad en el mundo griego de entonces exigía que el hombre llevara la cabeza al descubierto y los cabellos cortos, mientras que la mujer llevaba puesto un velo

sobre su abundante cabellera. Pablo recuerda sencillamente estas reglas para que en las reuniones de oración se guarde el debido recato.

Los argumentos que da resultan curiosos: "la cabeza de la mujer es el hombre" (11,3). El autor juega con el doble sentido de la palabra "cabeza", "dirigente" y "parte superior del cuerpo" a la vez. Se apoya en el relato del Génesis con la imagen de la costilla de Adán para afirmar la inferioridad de la mujer. Para complicar más las cosas, habla en el versículo 10 de ese "por causa de los ángeles", de los que hace ya tiempo que se ha preguntado qué venían a hacer allí; el estudio reciente de los manuscritos del mar Muerto permite pensar que se trata de una manera de señalar la presencia divina y de *invitar* a los fieles a una postura respetuosa.

Es tremendo pensar que, todavía en 1950, algunas mujeres tenían que quedarse sin comulgar por no llevar *velo*, y esto con la excusa de las palabras de san Pablo. Por fortuna, la conclusión del párrafo relativiza debidamente la importancia de estas cuestiones: "De todos modos, si alguien quiere discutir, no es ésta nuestra costumbre ni la de las iglesias de Dios" (11, 16).

b) LA CENA DEL SEÑOR (1 Cor 11, 17-34)

En este medio capítulo encontramos muchas cosas interesantes. Herido por las condiciones escandalosas en que los corintios celebraban la eucaristía, Pablo se ve obligado a recordarles lo que ocurrió la tarde de la cena y a señalarles el sentido del rito. Luego, hace un comentario para invitar a sus lectores a modificar el estilo de sus celebraciones.

1. La situación (11, 17-22)

Apenas 25 años después de la muerte y resurrección del Señor, el texto de la primera carta a los corintios nos permite saber cómo transcurrían las reuniones eucarísticas en las comunidades primitivas; es un testimonio de una importancia excepcional para la historia de la misma.

Se reunían en asamblea (en griego, *ekklesía*, "iglesia"), sin duda en la casa de algún cristiano suficientemente capaz para albergar un gran número de personas, y en el momento de la cena. El contexto de la carta nos da a entender que la consagración del pan y del cáliz se hacía

después de la comida normal. Es difícil saber el número de participantes que asistían a este tipo de reuniones. Según la atmósfera que nos sugieren algunos detalles, parece razonable pensar en varias decenas: unos 50 hermanos presentes parece una cifra adecuada.

Pero resulta que en Corinto las asambleas eran un poco turbulentas. ¡Mucho mejor para nosotros! Pablo escribe reaccionando contra este desorden. Si los corintios hubieran sido gentes demasiado sensatas, no habrían dado ocasión a estas líneas y nosotros hubiéramos perdido un documento tan valioso.

En primer lugar, la comunidad estaba dividida (*versículo* 18). Pablo utiliza aquí las mismas palabras que al comienzo de la carta (1, 10), ya que se trata sin duda de las mismas divisiones: Pablo, Cefas, Apolo, Cristo, eran las etiquetas bajo las cuales se alistaban sus diversos partidarios. Es *evidente* que, si las tensiones eran duras, la reunión no resultaría muy calurosa; agrupada cada tendencia en su propio rincón, haría en voz baja comentarios poco halagüeños sobre el comportamiento de los demás.

Aparte de este sectarismo, la unidad del conjunto estaba enturbiada por un egoísmo cómodo; por lo visto, para la comida cada familia se traía sus propias provisiones y, como no les gustaba compartir con los demás, los más ricos o los más glotonas bebían en abundancia ante las miradas envidiosas de algunos hambrientos (11, 21). La atmósfera de la reunión se resentía cruelmente de estos hechos.

Pablo propone entonces una saludable vuelta a las fuentes. Como los corintios se reúnen olvidándose de lo que los reúne, será conveniente refrescar su memoria. Y entonces el apóstol les recuerda lo que fue la primera cena.

2. La institución de la eucaristía (11,23-25)

"Yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: 'Esto es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío'. Asimismo, también el cáliz después de cenar diciendo: 'Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.'"

El recuerdo de los gestos y de las palabras del Señor es introducido por unos términos que subrayan su solem-

nidad: "Yo recibí... os he transmitido". Aquí Pablo no está redactando; está claro que no hace más que citar un texto que sabe de memoria y cuya paternidad está más arriba de él. El no es más que un eslabón en la tradición que se remonta a Jesús y que se va desplegando progresivamente hasta llegar a la redacción de los evangelios.

El primer evangelio, el de Marcos, es del año 65 o algo anterior. Mucho antes de esa fecha, los momentos clave de la vida de Jesús habían dado ya origen a relatos orales formados por frases categóricas, que se transmitían de boca en boca para que el creyente pudiera llegar a cierto conocimiento de Jesús. Un relato de este tipo es el que recoge el año 55 la primera carta a los corintios. De los

cuatro relatos de la institución (Mateo, Marcos, Lucas y Pablo), es con mucho el primero en redactarse.

Es interesante comparar esta redacción con las otras tres en un cuadro sinóptico (esto es, disponiendo los textos en columna para facilitar su comparación; cf. el cuadro adjunto). La originalidad destaca entonces en las diferencias con los paralelos. Esto nos permite comprender el significado que concede Pablo al rito eucarístico.

A primera vista, se ve que los cuatro textos se relacionan de dos en dos, formando como dos familias: la familia Mateo-Marcos y la familia Lucas-Corintios. El cuadro siguiente recoge las principales diferencias.

y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el reino de Dios".

y tomando una copa dio gracias y dijo: "Tomad esto y repartiendolo entre vosotros; porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el reino de Dios".

Mt 26

Mientras estaban comiendo,
Jesús
tomó pan
y, pronunciando la bendición,
lo partió y,
dándoselo a los discípulos,
dijo:
**"Tomad, comed,
este es mi cuerpo"**.

Tomó luego un cáliz

y, dadas las gracias,
se lo dio

diciendo:
"Bebed de él todos,
porque esta es mi *sangre*
de la alianza,

que va a ser derramada
por muchos
para remisión de los pecados.

y os digo que desde
ahora no beberé
de este producto de la vid
hasta el día en que lo beba
**con vosotros,
nuevo.**
en el reino de mi Padre".

Me 14

Mientras estaban comiendo,
tomó pan
y, pronunciada la bendición,
lo partió,
se lo dio
y dijo:
"Tomad,
este es mi cuerpo".

Tomó luego un cáliz

y, dadas las gracias,
se lo dio.
y bebieron *todos* de él.
y les dijo:

"Esta es mi *sangre*
de la alianza,

que va a ser derramada
por muchos.

Yo os aseguro que ya no
beberé
del producto de la vid
hasta el día en que lo beba
nuevo
en el reino de Dios".

Le 22

y tomó pan,
dio gracias,
lo partió
y se lo dio
diciendo:
"Este es mi cuerpo
que va a ser entregado por vosotros;
haced esto en recuerdo mio".

De igual modo,
después de cenar, el cáliz,

diciendo:
"Este cáliz
es *la nueva alianza*
en mi sangre,
que va a ser derramada
por vosotros..."

"Os digo que, a partir de
este momento, no beberé
del producto de la vid
hasta que

llegue el reino de Dios."

1 Cor

El Señor Jesús, la noche en que fue entregado,

tomó pan,
y después de dar gracias,
lo partió

y dijo:
"Este es mi cuerpo
que se da por vosotros.
Haced esto en recuerdo mío",

Asimismo
también el cáliz después
de cenar

diciendo:

"Este cáliz
es *la nueva alianza*
en mi sangre.

Cuantas veces lo bebiereis,
hacedlo en recuerdo mío.
Pues cada vez que coméis este pan y bebéis este cá-
liz, anunciáis la muerte del Señor,

hasta que

venga".

Mateo-Marcos

Lucas-Corintios

El pan

Pronunciando la bendi-
ción

Dando gracias

'Tomad, este es mi cuer-
po

"Este es mi cuerpo por
vosotros. Haced esto en
recuerdo mío"

El cáliz

Dadas las gracias

Después de cenar

"Esta es mi sangre de la
alianza"

"Este cáliz es la nueva
alianza en mi sangre"

La familia Lucas-Corintios es la única que contiene la orden de repetición: "Haced esto en recuerdo mío". Además, se habla de manera distinta del pan y del cáliz, mientras que Mateo y Marcos los ponen en el mismo plano. Los dos primeros evangelistas ponen los dos gestos seguidos, sin dejar el cáliz para el final de la cena; y cada uno de ellos está precedido por una fórmula de bendición o acción de gracias; las palabras pronunciadas sobre el pan y sobre el vino son mucho más parecidas: "este es mi cuerpo"... "esta es mi sangre de la alianza".

Aparentemente, estas dos familias están vinculadas a dos líneas de tradición que se remontan cada una por su parte al mismo Jesús, pero que se desarrollaron de forma bastante independiente. Si es preciso atribuir a una de las dos familias una mayor antigüedad que a la otra, habrá que preferir a la representada por Lucas-Corintios. En efecto, cuanto más tarde se forman los relatos respecto al acontecimiento de la cena, más tenderán normalmente a tratar el pan y el cáliz de manera análoga, como dos

aspectos simétricos de un mismo rito. A mediados del siglo 11, san Justino (+ 165) hace un relato de la cena en donde las frases pronunciadas sobre el pan y sobre el vino están calçadas una de otra: "Este es mi cuerpo"... "Esta es mi sangre", y ha desaparecido la mención de la alianza. Como el pan y el cáliz no forman simetría en Lucas y en Pablo, el relato que recogen representa sin duda una forma bastante primitiva de la tradición.

En cuanto al sentido del gesto de Jesús, sólo puede comprenderse plenamente en relación con el Antiguo Testamento. En el libro del Exodo (24, 3-8), después del don de la ley en el Sinaí, Moisés baja de la montaña y refiere al pueblo todas las palabras que Dios le ha transmitido. El pueblo acepta entonces el pacto que Dios le propone y firma esta alianza con un rito sacrificial: se inmolan unos novillos, se esparce parte de su sangre sobre el pueblo y el gesto de Moisés va acompañado de estas palabras: "Esta es la sangre de la alianza que Yavé ha hecho con vosotros, según todas estas palabras" (Ex 24, 8). A esta antigua alianza, basada en el don de la ley por Dios y en su aceptación por el pueblo y sellada por la sangre de los novillos, corresponde la alianza nueva anunciada por el profeta Jeremías (31, 31-34) y sellada ahora por la sangre de Cristo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre". Las palabras de Jesús sobre el pan: "mi cuerpo que se da por vosotros", tienen este mismo sentido: anuncian la crucifixión del día siguiente. Al cumplir para sus apóstoles el rito del pan y del cáliz, Jesús les da los signos de su muerte.

y éste es el significado que recoge san Pablo en el versículo 26, con el que comenta el relato de la institución: "Pues cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga".

3. Los comentarios de san Pablo (11, 26-34)

Una vez que el recuerdo de los gestos de Jesús ha dejado las cosas en su lugar, Pablo expone su sentido para que las celebraciones de Corinto recobren la calidad para no deberían haber perdido nunca. En el rito eucarístico Jesús había anunciado su muerte; al recoger su recuerdo, los creyentes tienen que hacer lo mismo. Lo que pasa es que la muerte ha adquirido otra dimensión, y que ha sido completada con la resurrección y en adelante no puede darse la una sin la otra; por eso, el rito del pan y

del cáliz son al propio tiempo signos de la resurrección, que se manifestará el último día con la vuelta gloriosa de Cristo. Este es el sentido de las palabras utilizadas en el versículo 26: "hasta que venga".

Ya a propósito del bautismo pudimos decir que el rito ponía al bautizado en relación con la cruz de Cristo. Es importante señalar que la eucaristía desempeña una función análoga. Es ésta una constante de la teología sacramental de Pablo: los sacramentos, gestos de salvación, hacen participar al creyente en la muerte y en la resurrección de Jesús, acontecimiento salvador por excelencia. Esto quiere decir hasta qué punto es serio su compromiso. Por eso, los que se acercan a ellos con ligereza se ponen en un peligro real, pues el acontecimiento por el que los fieles se salvan es al mismo tiempo aquel por el que los infieles se condenan. Así es como actúa siempre el encuentro con Dios: es un juicio que revela el corazón del hombre. Y la capacidad de vida que este juicio lleva consigo va siempre acompañada de un peligro de muerte para quienes lo rechazan: vida y muerte, salvación y condenación, son las dos caras inseparables de la misma realidad.

Este es el sentido de los versículos 28-34. Resultan bastante difíciles de comprender, ya que el razonamiento se apoya en palabras muy cercanas unas de otras, difíciles de traducir conservando todos sus matices: "juzgar" (en griego, *krino*), "discernir" (*día-krino*), "condenar" (*kata-krino*).

He aquí un intento de traducción literal con algunas breves explicaciones en paréntesis:

28. Que cada uno se examine a sí mismo y que así coma el pan y beba del cáliz.
29. Pues el que come y bebe, come y bebe lo que es para él un juicio si no tiene discernimiento para el cuerpo.
30. Por eso hay entre vosotros muchos débiles y enfermos y cierto número están dormidos (en la muerte).
31. Si tenemos discernimiento con nosotros mismos, no seremos juzgados.
32. Cuando somos juzgados por el Señor, él nos corrige (como un pedagogo), para que no seamos condenados con el mundo.
33. Por eso, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperaos unos a otros.

34. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para un juicio. En cuanto a lo demás, lo arreglaré cuando vaya.

Es importante distinguir en el texto entre "juicio" y "condenación"; no siempre lo hacen con suficiente claridad algunas traducciones modernas. De lo contrario, las debilidades y enfermedades evocadas en el v. 30 podrían parecer una condenación, un castigo, con lo que se daría la impresión de que Pablo comparte la mentalidad popular enérgicamente denunciada por los evangelios, según la cual las desgracias de esta vida son un castigo del cielo (cf. Jn 9, 2; Lc 13, 1-5).

De hecho, estas desgracias no son una condenación, sino una especie de aviso pedagógico para invitar a los creyentes a la conversión a fin de que puedan librarse precisamente de la condenación (v. 32). El razonamiento parece ser el siguiente: "Juzgaos vosotros mismos antes de poner os frente al Señor. Si no, el pan y el cáliz de la salvación funcionarían como un juicio y correríais el peligro de ser condenados. No obstante, aunque os pongáis vosotros mismos en ese peligro, el Señor quiere todavía sacaros de él; como buen pedagogo, os corrige; las debilidades y enfermedades no son más que advertencias para ayudaros a convertir os".

En vez de ser un castigo, el sufrimiento es entonces una especie de protección suplementaria que impide caer a los que por su ligereza ante el pan y el vino están en peligro de condenarse.

La eucaristía es una cosa seria; también lo fue la muerte de Cristo. Acercarse a ella sin darle importancia es algo así como "jugar con fuego". En pocas palabras es esto lo que dice Pablo a los corintios. Quizá quiso meterles un poco de miedo, llevado también él por un agudo sentido pedagógico... Esto explicaría la insistencia que pone en el peligro de celebrar en malas condiciones. Sin embargo, el sentido que le da aquí a la cena del Señor es el mismo que expresa en otro lugar dentro de un contexto menos polémico: "El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque, aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (1 Cor 10,16-17).

e) LOS DONES DEL ESPIRITU (1 Cor 12-14)

Una última exposición, la más larga del texto, cierra la lista de cuestiones relativas a la asamblea cristiana; son 3 capítulos consagrados a los dones del espíritu o "carismas" (palabra sacada del griego *charisma*, que significa "don gratuito"). Se trata de cierto número de capacidades otorgadas por Dios a los creyentes y que les permiten ejercer alguna de las funciones correspondientes al don que han recibido.

Hay varios términos genéricos para designarlos: dones espirituales (1 Cor 12, 1), carismas (12,4), ministerios (12,5), modos de obrar (12, 6). Se trata de palabras más o menos equivalentes que se diferencian sencillamente por el punto de vista en que se las coloca: "carisma" insiste en la gracia divina que es fuente de todo don; "ministerio" alude más bien a la función que el don permite ejercer.

En cuanto al número de dones, podemos decir que son legión; si agrupamos las listas que nos proponen las diversas cartas de san Pablo, resultan unos veinte:

1 Cor 12. 8-10	1 Cor 12. 28-30
palabra de sabiduría	(lista jerarquizada)
palabra de ciencia	1. (ser) apóstol
fe	2. (ser) profeta
carisma de curaciones	3. (ser) maestro
poder de milagros	4. milagros
profecía	5. don de las curaciones
discernimiento de espíritus	6. asistencia
diversidad de lenguas	7. gobierno
interpretación de lenguas	8. diversidad de lenguas
	9. interpretación de lenguas
	Ef 4. 11
profecía	(ser) apóstol
ministerio	(ser) profeta
enseñanza	(ser) evangelizador
exhortación	(ser) pastor
dar limosna	(ser) maestro
presidir	
ejercer la misericordia	

No siempre resulta fácil averiguar a qué se refieren estas etiquetas: en qué se distingue el carisma de pastor (Ef 4, 11) del de apóstol (1 Cor 12, 18; Ef 4, 11) o del de presidente (Rom 12, 18); qué es lo que hay de común entre la fe (1 Cor 12, 9) -que es ciertamente un don de Dios- y la limosna (Rom 12, 8). Todos estos dones corresponden a unas funciones en unas iglesias cuya organización no conocemos bien y que son difíciles de apreciar en sí mismas.

Es más bien el conjunto lo que presenta mayor interés; el hecho mismo de que las funciones correspondan a unas competencias y que todo esto se encuadre dentro de una perspectiva muy paulina, "todo viene de Dios", de forma que nadie puede presumir de sus cualidades: "¿Qué tienes que no hayas recibido y de qué te sirve sino para el servicio a tus hermanos?".

En efecto, los cristianos de Corinto tenían dificultad en utilizar debidamente los carismas. Muchos apetecían disfrutar de los más espectaculares, por ejemplo del don de lenguas, un don particular que conoce en nuestros días cierto impulso en un movimiento espiritual que se llama precisamente la "renovación carismática". Consiste en poder rezar en voz alta bajo la inspiración del espíritu, totalmente libre de las constricciones del lenguaje habitual hasta el punto de que se llegan a pronunciar palabras desconocidas. Es difícil hablar objetivamente de estas cuestiones, ya que la renovación carismática tiene entusiastas adeptos y obstinados detractores.

Según san Pablo, el don de lenguas gozaba en Corinto de un favor excesivo; durante las reuniones de oración,

cada uno se ponía a hablar en lenguas a más y mejor, más alto que su vecino, con entusiasmo, y aquello degeneraba en un quirigay fenomenal. Los capítulos 12-14 de la primera carta a los corintios están dedicados a poner las cosas en su sitio. Aquello da ocasión a páginas muy hermosas: la comparación con el cuerpo en el que cada miembro tiene su importancia y el himno al amor, "camino infinitamente superior a los demás", que encuentra perfectamente su lugar en las ceremonias matrimoniales.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Leer atentamente 1 Cor 12-14, así como las páginas de la carta a los romanos (Rom 12) y de la carta a los efesios (4, 1-16) que dan las otras listas de carismas.
- Repasar las listas de los carismas y compararlas entre sí.
- La lista de 1 Cor 12,28-30 está jerarquizada: los carismas están clasificados según el orden de preferencia del apóstol. Intentar señalar, en el conjunto de las páginas propuestas, cuáles son los criterios que sigue Pablo para preferir un carisma a otro.
- Finalmente, ¿cuál es a vuestro juicio la utilidad de los carismas?

1 Cor 15

2 Cor 4, 7-5, 10

Muerte y resurrección

La resurrección es la última cuestión importante que se examina en la primera carta a los corintios. Está realmente tratada por sí misma, en un tono bastante magisterial. Esto nos da una exposición muy distinta de la con-

fesión que ya observamos en la lectura continua de la segunda carta sobre la muerte y la resurrección en la vida del apóstol (cf. *supra*, p. 36). Sin embargo, los dos pasajes se relacionan entre sí por varias razones.

En 1 Cor 15, lo mismo que en los capítulos anteriores, Pablo se explica sobre un punto que los corintios no acaban de digerir; parece ser que muchos de ellos tenían sus dudas, no tanto sobre la resurrección de Cristo como sobre la de los demás hombres. La resurrección de Cristo parece ser un hecho indiscutible; Pablo lo recuerda como fundamento de la resurrección universal. Pero, al parecer, los corintios no relacionan la resurrección de Cristo con la suya; se plantean tantas cuestiones sobre el "cómo", que llegan a negarla. Es una constante del espíritu humano: cuando las cuestiones son demasiado difíciles de resolver, se tiende a marginar las convicciones que han llevado a plantearlas.

1. La resurrección de Cristo

(1 Cor 15, 1-11)

Así, pues, la exposición comienza reafirmando solemnemente la resurrección de Cristo. Pablo la sitúa en una tradición cuyos momentos va subrayando: él mismo la *recibió* (v. 1), luego la *anunció* (v. 1-2) y la *transmitió* (v. 3); ahora la *recuerda* (v. 1) para que los corintios la *acepten* (v. 1) Y *crean* (v. 2 y 11).

Lo mismo que cuando la eucaristía, este preámbulo anuncia la cita de una fórmula que expresa sintéticamente un aspecto importante de la fe:

"Cristo murió por nuestros pecados,
según las escrituras;
fue sepultado
y resucitó al tercer día,
según las escrituras;
se apareció a Cefas y luego a los doce"
(v. 3-5).

Texto rítmico con una especie de estribillo: "según las escrituras", donde se resume la fe en unos cuantos términos esenciales. Los biblistas reconocen unánimemente en esta corta cita uno de los primeros *credos* cristianos:

San Pablo se apoya en él como sobre una base indiscutida de la fe. Partiendo de allí, da los nombres de otros testigos de la resurrección, algunos de los cuales vivían aún y podían confirmar la realidad de los hechos; de esta forma, llega a recordarla aparición de que gozó él mismo en el camino de Damasco y que fue el origen de su adhe-

sión a Cristo (cf. Hech 9, 1-9). Vista a diecinueve siglos de distancia, parece de un tipo distinto del reconocimiento que vivieron los que acompañaron a Jesús durante su vida mortal, pero él la sitúa como si fuera una prolongación de la misma experiencia. Y si dice que no es digno de ser llamado apóstol, es precisamente porque se considera como tal.

2. La resurrección de los muertos

(1 Cor 15, 12-34)

La resurrección de Jesús es la que da fundamento a la de los demás hombres: resucitaremos lo mismo que él resucitó. El constituye, como dice el texto, las "primicias de los que durmieron" (v. 20), la primera parte de la humanidad acogida por Dios en su gloria. Su vida en Dios es la garantía de la que nos espera a nosotros y la fuente de nuestra esperanza.

Aunque tiene en su conjunto un tono doctoral, Pablo no puede evitar acabar este párrafo con un toque más personal. En los versículos 30-34, señala lo que significa para él esta esperanza: una luz que revela el sentido de una vida apostólica sembrada de pruebas y dificultades. El cáliz no está todavía tan lleno como unos meses más tarde, cuando escriba la segunda carta a los corintios (cf. 2, Cor 4, 7-5, 10); pero ya en esta época la resurrección es algo más que un objeto de fe teórica; es el sostén permanente de una vida atormentada por causa del evangelio.

3. ¿Cómo resucitan los muertos?

(1 Cor 15, 35-58)

Pablo recoge aquí una de las cuestiones planteadas por los corintios, quizá la misma que había inducido a algunos de ellos a no creer en la resurrección. Cuando intentamos representarnos las cosas, la imaginación humana se encuentra terriblemente limitada, al no tener ningún punto de comparación.

La cuestión de los corintios es de todos los tiempos: ¿qué será la vida eterna?, ¿y qué necesidad tendremos del cuerpo?, ¿y qué cuerpo? La mayor parte de los cristianos se preguntan sobre ello y, como muchos no conocen a san Pablo, buscan la respuesta en los evangelios.

Hay que reconocer que, en este terreno, los evangelios nos aclaran muy poco las cosas: el cuerpo de Jesús resucitado elude las leyes habituales de la creación. El resucitado come y bebe, pero pasa de lo visible a lo invisible en un instante; es a la vez parecido al Jesús terreno y diferente de él; no se le reconoce generalmente a primera vista, pero acaba siendo identificado después de algún tiempo, ya que hay algo en él o en sus palabras que ayuda a los testigos a descubrir lo que les estaba oculto hasta entonces. Esto no nos da una imagen muy coherente de la condición de los resucitados. Por otra parte, quizá sea una pista falsa intentar representárnosla a partir de las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos; ellos fueron testigos de una manifestación de un resucitado a los mortales, no de lo que es un resucitado en sí mismo.

La respuesta dada por san Pablo en la primera carta a los corintios es única en el Nuevo Testamento; todavía

deja muchas cuestiones detrás de sí, pero sus palabras son ciertamente las más claras sobre el "cómo" de la resurrección. Se basa en una comparación: la del grano que da origen a una planta. Nuestro cuerpo mortal es como el grano sembrado en tierra; nuestro cuerpo celestial es como la planta que ha brotado, a la vez distinta de la semilla y contenida por entero en ella; la planta prolonga a la semilla al aire libre, en una dimensión que el grano subterráneo ni siquiera se podía imaginar.

San Pablo apoya su comparación en la diversidad de las carnes animales que nos ofrece la naturaleza (v. 39-41). Su concepción nos parece hoy bastante simplista. Lo mismo pasa cuando, al final del capítulo (v. 51-53), presenta con énfasis el escenario de la resurrección final, muy marcado por las descripciones apocalípticas de su época y que no acaban de convencernos. Pero más allá de los límites debidos a la diferencia entre el mundo

EL VOCABULARIO DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION

Las palabras humanas son muy pobres para hablar de realidades tan complejas como la vida ultraterrena. Si se dice comúnmente que el hombre tiene un cuerpo y un alma, no puede decirse que sea la mera unión de un cuerpo y de un alma; la articulación entre ambos aspectos de la persona humana resulta difícil de precisar y estas imprecisiones influyen en la concepción del más allá.

En el área mediterránea del siglo I se enfrentan dos concepciones, una judía y otra griega.

Para un judío, el alma es el soplo de vida. Impregna al cuerpo y, cuando muere el hombre, el cuerpo se inmoviliza y el soplo se disipa. El cuerpo y el alma son mortales. Por tanto, cuando se habla de vida ultraterrena, sólo puede tratarse de resurrección del cuerpo mediante el nuevo soplo que se le da (un judío no puede concebir la supervivencia del alma sola). Es este lenguaje el que emplea la mayoría de los textos bíblicos; el despertar de los cuerpos en la resurrección final se presenta en un suntuoso escenario de truenos y sonar de trompetas. Ciertos escritos judíos posteriores (del siglo II o I a. de C.), llamados "apocalípticos", hacen mucho uso de estas figuras (cf. Mc 13), lo mismo que Pablo en la mayor parte de sus cartas (cf. 1 Tes 4, 13-18; 2 Tes 2; 1 Cor 15).

Para un griego, el cuerpo no es más que la envoltura momentánea de un alma inmortal; se le considera fácilmente como malo en la medida en que tiene al alma prisionera y le impide alcanzar a la divinidad junto a la cual podrá realizarse por completo. En esta concepción, la resurrección de los muertos es inconcebible: sería una vuelta a la prisión.

A partir del siglo IV a. de C., los judíos estuvieron en contacto con el pensamiento griego. Algunas corrientes que se expresaron en lo que se llama la literatura bíblica sapiencial intentaron relacionar estas dos concepciones: el cuerpo es la morada o habitación del alma, pero sin ser una cárcel odiosa; entonces, sigue siendo posible la resurrección. Pablo conoce igualmente estas corrientes, según se ve por el lenguaje que emplea en 2 Cor 4, 7-5, 10.

A lo largo de toda la historia de la iglesia, los teólogos que hablan de la otra vida han intentado conseguir síntesis cada vez más perfectas de ambas concepciones, teniendo en cuenta a la vez la supervivencia del alma y de la resurrección de los cuerpos. No podemos decir que el resultado haya sido siempre satisfactorio. ¿Cómo conciliar dos ideas irreconciliables para expresar lo inexpresable?

cultural suyo y el nuestro, lo cierto es que establece una comparación que resulta iluminadora, la de la planta y la semilla. En el lenguaje de las parábolas hay algo que resiste a la prueba del tiempo. Junto con el testimonio personal que nos da en la segunda carta a los corintios (4, 7-5, 10), es éste el género literario más adaptado para dar cuenta de las verdades eternas.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Estudiar comparativamente los dos pasajes de las cartas a los corintios en que Pablo habla de la muerte y de la resurrección:

1 Cor 15

2 Cor 4, 7-5, 10

Se puede completar este estudio con algunos versículos de la carta a los filipenses, escrita quizá por la misma época:

Flp 1, 21-23

- En cada uno de los dos pasajes estudiados procurar señalar:
 - ¿Por qué lo ha escrito Pablo? ¿Con qué ocasión? ¿Con qué fin?
 - ¿Qué podemos saber de la vida ultraterrena según lo que allí se dice?
 - ¿Cómo se sitúa san Pablo respecto a lo que escribe: despego, enseñanza, miedo, pasión, confianza, aprensión, etc.?
 - La concepción de Cristo y la relación de Cristo con los hombres que se desprende de aquí.

1 Cor 16, 1-4

2 Cor 8-9

La colecta por la iglesia de Jerusalén

No es muy agradable que la iglesia tenga que encargarse de cuestiones financieras. Sin embargo, los recaudadores de fondos de todo tipo tienen un ilustre antepasado en la persona de san Pablo, que organizó en las iglesias de Macedonia y de Acaya una colecta de solidaridad destinada a sostener a la comunidad de Jerusalén.

Dedica a ello algunas líneas en la primera carta a los corintios (16, 1-4). Otras dos notas sobre este asunto han quedado enlazadas en la segunda, a pesar de que seguramente no se enviaron juntas (c. 8 y 9). Y otras alusiones en las cartas a los gálatas (2, 10) y a los romanos (15, 25-28) nos recuerdan su existencia.

Ya antes en la historia de la iglesia, por el año 45, habían hecho los antioquenos un gesto semejante, sien-

do entonces Pablo y Bernabé los encargados de llevar esta ayuda a Jerusalén (cf. Hech 11, 27-30).

Pablo tenía quizá un carisma especial para encargarse de estas cuestiones. Puede verse también detrás de su actitud un agudo sentido de lo concreto. Era ciertamente difícil mantener relaciones entre las diversas comunidades; y si en el siglo XX reaccionamos fácilmente contra los excesos del centralismo, en la iglesia primitiva se corría más bien el peligro de la disgregación. Para unas comunidades jóvenes, fácil presa de herejías y de corrientes parásitas, tentadas de caer en el culto a la personalidad, era una buena precaución concretar los vínculos que las unían con la iglesia madre. Sin contar con que, al mismo tiempo, Pablo manifestaba así su benevolencia personal con los cristianos de origen judío y de lengua aramea

agrupados en Judea; como había entre ellos algunas incomprensiones, la cosa podría resultar bien.

Es evidente que en las cartas de san Pablo los pasajes consagrados a esta cuestión no tienen el mismo interés que otros muchos. Pero suponen toda una concepción de la iglesia y será interesante detenernos en ellos.

SUGERENCIAS PARA EL TRABAJO

- Leer en el Nuevo Testamento los diversos pasajes relativos a la colecta (d. las referencias anteriormente).

- A partir de esos textos, intentar representarse cómo pasaban las cosas:

- ¿de dónde partió la idea?
- ¿cómo se recogía el dinero en las comunidades?
- ¿quién se encargaba especialmente de ello?
- Señalar igualmente los motivos de esta práctica.
- Motivos materiales y psicológicos: compárense con la actitud de Pablo ante el dinero en su ministerio (d. 1 Cor 9; Flp 4, 10-20).
- Motivos religiosos: indicar las ideas de Pablo que parecen más aptas para la actitud de generosidad.

ILUMINADOS POR CRISTO Y MOVIDOS POR EL ESPIRITU...

Hemos llegado al final. No es que hayamos señalado todas las riquezas de las cartas a los corintios. Es menester repasar de vez en cuando a san Pablo, y cada edad permite hacer en él nuevos descubrimientos. Pero al menos nuestro viaje ha tocado a su fin.

Antes de cerrar este cuaderno, conviene echar una mirada hacia atrás, como si se tratase de un paisaje preferido. No acabamos de quitárnoslo de la vista, y a medida que nos vamos alejando y se borran los detalles, se va haciendo una especie de síntesis llena de colorido. Nos invade la luz que impregna el conjunto. A lo largo del recorrido, no habíamos visto más que las cosas iluminadas. A lo lejos, la visión nos deja más bien una impresión luminosa; vemos entonces de repente algo que habíamos olvidado, que es la hora del atardecer o la hora del mediodía radiante. Y esa impresión es la que de ordinario permanece más tiempo en el recuerdo.

El texto de las cartas a los corintios está totalmente iluminado por Cristo. Un Cristo personalizado: el Cristo

con que se encontró Pablo, el que vive con él, a quien nombra a cada paso y cuya presencia se siente entre líneas cuando no lo nombra explícitamente. ¿Podremos dibujar a grandes rasgos su silueta? Eso sería compartir con san Pablo lo que él más ama.

El Cristo de las cartas a los corintios no es ese hombre seductor, que habla y que actúa, tal como nos lo describirán más tarde los evangelios. En dos o tres ocasiones, Pablo alude a lo que Jesús había dicho o había hecho (1 Cor 7,10; 9,14; 11,23-25); se refiere a ello como a una tradición que ha llegado hasta él y en la que desea situarse; pero no es ése el centro de sus preocupaciones. Por otro lado, es curioso cómo prefiere el título "Cristo" al nombre "Jesús"; este nombre no lo usa prácticamente nunca solo (excepto en 2 Cor 4, 10.11 y 11, 4), sino casi siempre encuadrado en una expresión más solemne: "Jesucristo", "el Señor Jesús", "Jesucristo nuestro Señor".

Aquel cuya luz ilumina las cartas a los corintios es el mesías muerto y resucitado, actualmente vivo, a quien

Pablo *ha visto* en su gloria (1 Cor 9, 1). Es él a quien se siente unido, de quien vive y a quien predica con pasión, pues su muerte y su resurrección no son acontecimientos episódicos. Son el Acontecimiento con mayúscula que ha cambiado la faz del universo: desde entonces, vivimos el tiempo de la liberación, de la justicia, de la salvación; y Pablo considera tan fuerte el vínculo entre Jesús y esta nueva faz del mundo que llega a identificarlos. Al comienzo de su primera carta a los corintios, por encima del hecho de que Cristo justifica, santifica o libera, Pablo afirma que *es* justicia, santificación, liberación (1 Cor 1, 30). Es una locura que esta vida nueva haya nacido de la muerte de un condenado, pero esta locura es la sabiduría de Dios (1 Cor 1, 18-25).

Entonces, para el apóstol y para los fieles, la vida cristiana consiste en sumergirse en el movimiento de Cristo: vivir "*en él*" y "*por él*". Estas dos expresiones son muy frecuentes en las dos cartas. El mismo Pablo ha experimentado que entre Jesús y él se da un admirable intercambio: en su sufrimiento se ha revelado el consuelo que le proporciona Cristo (2 Cor 1, 3-7); en su debilidad se manifiesta la fuerza (2 Cor 13, 4). Y lo mismo para todos los creyentes: en el seño de su pobreza brota la riqueza (2 Cm 8, 9), e incluso en su pecado se les concede la justicia por Jesucristo (2 Cor 5, 21).

Faltan las palabras para expresar hasta qué punto la vida del cristiano tiene que centrarse en aquel que le da sentido. Pablo las completa unas con otras: "Cristo es mi ley" (1 Cor 9, 21), es el "fundamento" sobre el que hay que edificarlo todo (1 Cor 3, 11), "el único esposo" a quien hemos de consagrarnos (2 Cor 11, 2). Nosotros somos sus "esclavos" (1 Cor 7, 22-23), le pertenecemos como "miembros" suyos (1 Cor 6, 15; 12, 12-31). Todo esto está recogido en una fórmula muy densa: "Todo es vuestro; y vosotros, de Cristo; y Cristo, de Dios" (1 Cor 3, 22-23),

Sin embargo, la fuerza de Cristo en nosotros no se ha manifestado todavía por completo. Fundamentalmente está ya adquirida, pero cuando miramos nuestra vida de cada día, nos damos cuenta de que queda aún mucho camino por recorrer. Actualmente poseemos sólo las arras (2 Cor 1, 22; 5, 5).

y aquí es donde interviene el gran olvidado de la teología cristiana, el espíritu. Resulta siempre difícil distinguir el papel de Cristo del de su espíritu; por otra parte, no conviene hacerlo de manera demasiado clara, ya que esto nos llevaría a separar en tres la acción del Dios único. San Pablo no tiene todavía la precisión de las fórmulas a las que conducirá la reflexión de los cuatro primeros siglos de la iglesia sobre la Trinidad. Sin embargo, si se desea conocer la forma con que concibe las relaciones del cristiano con Cristo y con el espíritu, podemos decir recogiendo sus mismas palabras que:

nosotros estamos *en* Cristo
y el espíritu está *en* nosotros.

El espíritu de Dios está en nosotros. Hay toda una parte del ser humano que resiste a la acción de Dios, la carne. Otra parte se abre a él, el espíritu, y es allí donde el espíritu puede actuar.

El cristiano es entonces el templo del espíritu de Dios (1 Cm 3, 16; 6, 19), habitado -lo mismo que entre los judíos el templo de Jerusalén- por ese soplo de fuerza y de energía. De él es de donde vienen aquellos famosos dones o carismas por los que se construye la iglesia (1 Cor 12-14) y gracias a los cuales vive en comunión (2 Cor 13, 13); él es como la tinta que ha permitido escribir la "carta de carne" que constituye la comunidad de Corinto (2 Cor 3, 3-4); es la condición de la verdadera libertad (2 Cor 3, 17).

El Dios de Pablo es absorbente. Iluminado por Cristo y movido por el espíritu, el cristiano no tiene reposo. Es verdad que, de vez en cuando, deseosos de descansar o tentados de pensar en otra cosa, encontramos esa luz demasiado fuerte y ese soplo demasiado impetuoso; san Pablo entonces se nos presenta como el atleta a quien nos cuesta trabajo seguir (cf. 1 Cor 9, 24-27).

Pero pensemos también que Pablo no se convirtió en atleta de la noche a la mañana y que, en esa carrera que constituye la vida cristiana, no se trata tanto del corredor que avanza como de la meta que viene hacia él.

INDICE DE LOS RECUADROS

-Los santos-	p. 8
•El día del Señor Jesús-	p. 10
Carne y espíritu en san Pablo	p. 21
-Dios lo ha hecho pecado-	p. 37
El •privilegio paulino-	p. 43
El vocabulario de la muerte y de la resurrección	p. 56

INDICE DE REFERENCIAS

Primera carta

1, 1-3	p. 7
1, 4-9	p. 8
1, 10-4, 21	p. 17
1, 10-12	p. 17
1, 13-17	p. 18
1, 18-4, 21	p. 19
5-16	p.22
5-6	p. 41
7	p.42
8, 1-11, 1	p.45
11, 2-16	p.47
11, 17-34	p.48
12-14	p.53
15, 1-11	p.55
15, 12-34	p.55
15, 35-58	p.55
16, 1-4	p.57

Segunda carta

1, 1-2	p. 7
1, 3-7	p. 8
1,8-7, 16	p.23
1,8-2, 13	p.25
2, 14-6, 13	p.27
2, 14-3, 4	p. 28
3, 5-4, 2	p. 27 Y 29
4, 3-6	p. 35
4, 7-5, 10	p. 28 Y 35
S, 11-13	p.35
S, 14-6, 10	p. 28 Y 35
6, 11-13	p. 28 Y 37
6, 14-7, 1	p. 38
7, 2-4	p. 26 Y 37
7, 5-16	p.25
8-13	p.38
8-9	p. 57

CONTENIDO

Muchos cristianos no se atreven a adentrarse en la lectura de san Pablo por miedo a tropezar con un pasaje difícil.

En este cuaderno, Michel QUESNEL traza un camino de acceso sencillo y seguro al conjunto de la obra de Pablo partiendo del examen de las cartas a los corintios. Concretas, basadas en la vida, estas cartas tocan cuestiones que Pablo **recogerá** luego sistemáticamente, sobre todo en la carta a los romanos.

I. PRIMER CONTACTO

Las primeras líneas (-dirección- y -acción de gracias-) nos permiten descubrir el sabor particular de la carta 7

11. HISTORIA DE PABLO V DE CORINTO

Un diálogo vivo entre un apóstol apasionado y una iglesia que intenta con mayor o menor éxito vivir el evangelio 11

111. AVANZANDO EN EL TEXTO

Un recorrido global de las dos cartas 17

IV. TEMAS CORINTIOS

Detención en algunos puntos desarrollados en la correspondencia de Pablo con la iglesia de Corinto:

- reglas de moral y de disciplina en 1 Cor
- la asamblea cristiana (1 Cor 11, 22-14, 40)
- muerte y resurrección (1 Cor 15; 2 Cor 4, 7-5. 10)
- la colecta por la iglesia de Jerusalén (1 Cor 16, 1-4; 2 Cor 8-9)

40

Libros .. 31